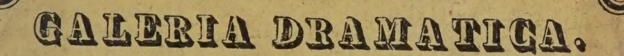
GALERIA DRAMATICA.



COLECCION

DE LAS MEJORES OBRAS

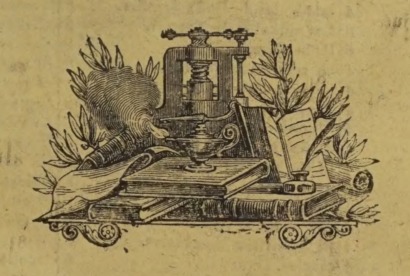
DEL TEATRO

ANTIGUO Y MODERNO ESPAÑOL

Y DEL ESTRANGERO,

POR

LOS PRINCIPALES AUTORES.



Madrid:

LIBRERIAS DE CUESTA Y RIOS.

CATÁLOGO *de las comedias que contiene esta Galería.*

7

LA HUERTA DE JUAN FERNANDEZ,

COMEDIA.

PERSONAS.

DOÑA PETRONILA.	ROBERTO.
LAURA.	UN CRIADO.
DON HERNANDO.	UN ALGUACIL.
EL CONDE GALEAZO.	MARCOS. } *mozos de mulas.*
TOMASA.	PABLO... } *mozos de mulas.*
MANSILLA.	

La primera escena pasa en una venta, mas allá de Valdemoro; el resto de la accion, en Madrid y en una huerta inmediata.

ACTO PRIMERO.

Campo con vista de una venta.

ESCENA I.

DOÑA PETRONILA, *vestida de hombre, y en trage de camino, con botas y espuelas.* TOMASA, *tambien de hombre, y como lacayuelo; el capotillo con muchas cintas.*

TOMASA.

(*Saliendo de la venta.*)

Un cuartillo de cebada
le basta y sobra; que, en fin,
es pollino, y no rocin.

DOÑA PETRONILA.

¿Haceis á Madrid jornada,
gentil hombre?

TOMASA.

A su servicio.

DOÑA PETRONILA.

¿De dónde?

TOMASA.

Hoy salí de Ocaña.

DOÑA PETRONILA.

¿Vais solo?

TOMASA.

No me acompaña
sino un jumento, novicio
en la albarda, porque es nuevo,
y anteayer se destetó.

DOÑA PETRONILA.

Si tres leguas caminó,
no me parece, mancebo,
que es el pienso suficiente
de un cuartillo.

TOMASA.

Coma paja.

DOÑA PETRONILA.

Quien no come, no trabaja.

TOMASA.

Como pobre se sustente;
que no tiene de igualarse,
dando ocasion á la gula,
un asno con una mula.
La paja ha de compararse
en las bestias con el pan,
la cebada con el queso;
y ya sabeis, segun eso,
que es poco el queso que dan.
¿Por qué pensais vos que España
va, señor, tan decaida?
Porque el vestido y comida
su gente empobrece y daña.
Dadme vos que cada cual
comiera como quien es,
el marques como marques,

como pobre el oficial.
Vistiérase el zapatero
como pide el cordoban,
sin romper el gorgoran
quien tiene el caudal de cuero.
No gastara la mulata
manto fino de Sevilla,
ni cubriera la virilla
el medio chapin de plata.
Si el que pasteliza en pelo,
sale á costa del gigote,
el domingo de picote,
y el viernes de terciopelo;
cena el zurrador besugo,
y el sastre come lamprea,
y hay quien en la corte vea
como á un señor al verdugo;
¿qué perdicion no se aguarda
de nuestra pobre Castilla?
El caballo traiga silla,
y el jumento vista albarda;
coma aquel un celemin,
y un cuartillo á esotro den;
porque el jumento no es bien
que le igualen al rocin.

DOÑA PETRONILA.

No os han de faltar molestias,
si no templais ese humor,
y os pudrís reformador,
comenzando por las bestias.
¿Quién diablos os mete á vos,
tan mozo, en esos pesares?
Los vestidos y manjares
comunes los hizo Dios.

TOMASA.

Engañaisos.

DOÑA PETRONILA.

¿Que me engaño?

TOMASA.

Perdonadme esta simpleza.
¿Por qué hizo naturaleza
el tabí, la seda, el paño,

la holanda, el cambray y estopa,
distintos al tacto y vista?
Porque cada cual se vista
segun su estado la ropa.
Dentro de una misma especie
hallareis que el universo
hizo su manjar diverso,
de que cada cual se precie.
El racimo moscatel
y alvillo, que al noble pinta:
la cepa jaen y tinta
para el que rompe buriel.
El noble melocoton,
que deleita al caballero,
con el durazno grosero
para los que no lo son.
La amacena (1) regalada,
que el delicado conozca,
la chavacana, mas tosca,
para el pobre dedicada.
Ofrece una misma granja,
en fé de esta distincion,
para el príncipe el limon,
para el no tal la naranja.
En el campo y el vergel
la primavera arrebola
para el pastor la amapola,
para la dama el clavel.
El jazmin que al muro sobre,
al rico aromas derrama,
al oficial la retama,
tomillo y romero al pobre.
¿Pues por qué ¡cuerpo de tal!
si hizo el cielo distincion
del abadejo y salmon,
no comerá el oficial
aquel que importa á su esfera,
y el pobre jornal que saca?
Paciendo para él la vaca,

(1) La ciruela damascena.

¿ha de gastarse en ternera?
Estan los hombres perdidos.
No lo entiendo, vive Dios.

DOÑA PETRONILA.

Ya se labra para vos
hospital de los podridos.
Dejaos de eso, por mi vida;
que aunque con sal reprendeis,
imposibles pretendeis.
Mientras guisan la comida
en esa venta, y mi mesa
alegrais, á que os convido,
si lo que muestra el vestido
vuestra inclinacion profesa,
decidme de quién sois page.

TOMASA.

Helo sido de gineta
de un capitan que sujeta
la voluntad á mi ultraje.
Alojóse en mi lugar;
(Cabañas de Yepes es)
estuvo en Ocaña un mes;
procuréle regalar
en mi casa labradora,
y el hospedage pagó
en que de ella nos llevó
una hermana que le adora.

DOÑA PETRONILA.

Paga siempre ansí el soldado.

TOMASA.

Salí ofendido tras él,
quejándome, y el crüel
dejóme á un olivo atado.
Sé que en la corte ha de estar,
y voy á darle noticia
al rey, y á pedir justicia.

DOÑA PETRONILA.

Facil la vendreis á hallar;
que la que á Madrid gobierna
no sufre burlas agora.
Buscareis la labradora,
con plumas y galas tierna,

y entre tanto, si quereis
servirme, estareis conmigo.

TOMASA.

Por lo desbarbado, digo
(*Señálase la barba.*)
que igual eleccion haceis.
Vuestro soy desde este dia;
que engendra la semejanza
amor, y tengo esperanza
de que en vuestra compañia
tengo de hallar buen despacho
del agravio que recelo:
ya soy vuestro lacayuelo,
á lo aragonés, regacho.
Mudad, señor, en *tú* el *vos*;
que el vos en los caballeros
es bueno para escuderos.

DOÑA PETRONILA.

Donaire tienes, por Dios.

TOMASA.

¡Oh! pues vereis maravillas,
y sabreis historias largas.

DOÑA PETRONILA.

¿Es tu nombre?

TOMASA.

Hasta aquí, Vargas;
pero para vos, Varguillas.
¿Y el vuestro?

DOÑA PETRONILA.

Don Gomez.

TOMASA.

¡Bravo!
¿La patria?

DOÑA PETRONILA.

Jaen.

TOMASA.

Mejor.
Sereis hombre de valor.

DOÑA PETRONILA.

Téngole; mas no me alabo.

TOMASA.

¿Y á qué á la corte venís?

DOÑA PETRONILA.

A casarme.

TOMASA.

No lo apruebo.

DOÑA PETRONILA.

¿Por qué?

TOMASA.

Porque, apenas huevo,
de la cáscara salís,
y ya aspirais para gallo.
Nazcan las plumas primero;
probad á Madrid soltero;
quizá despues de proballo,
mudareis de parecer.

DOÑA PETRONILA.

Llámame un suegro hacendado,
con un angel que pintado,
aunque le nombran muger,
en belleza es superior.

TOMASA.

Renegad de quien tal pinta:
diz que hay ángeles en cinta
en ese lugar, señor.
Como está Madrid sin cerca,
á todo gusto da entrada:
nombre hay de *Puerta cerrada*;
mas pásala quien se acerca.
Doncella y corte son cosas
que implican contradiccion.

DOÑA PETRONILA.

¿Malicioso?

TOMASA.

Y con razon.
Las ciruelas mas sabrosas,
mientras con su flor se estan,
en el arbol se aseguran;
pero al momento maduran
que á la banasta las dan.
Una doncella en su casa,
ciruela en el arbol es,
que á veces, de treinta y tres,
es con flor, ciruela pasa.

Pero en Madrid no hay ninguna
que sea lo que parece,
porque en naciendo, se mece
en un coche en vez de cuna,
con que á madurarse basta,
cochizando de dia y noche;
que, en fin, doncellas en coche
son ciruelas en banasta.

DOÑA PETRONILA.

Y vos un grande bellaco.
Mucho os tengo de querer.
Vamos agora á comer.

TOMASA.

Si yo de Madrid os saco
madrigado, entendimiento
me prometo.

DOÑA PETRONILA.

Dad cebada
sin tasa en esta jornada,
Vargas, al pobre jumento;
que en llegando á Valdemoro,
le vendereis, y allí habrá
mula en que vais.

TOMASA.

Comprará
quien le ferie un asno de oro
como el que Apuleyo pinta.

DOÑA PETRONILA.

¿Cómo?

TOMASA.

Sabe caminar,
siendo jumento, y callar;
que es gracia de otros distinta.
Que el jumento no merece
nombre de tal, si se halla
de este humor, pues mientras calla
el necio, no lo parece;
y hay otros mil que procuran
cobrar nombre de discretos,
que contra agenos defetos
rebuznan cuando murmuran.
¡Qué de ellos ocupan sillas,

dignos de albardas!

DOÑA PETRONILA.

Comamos.

TOMASA.

Lampiño don Gomez, vamos.

DOÑA PETRONILA.

Sígame, señor Varguillas.

La huerta de Juan Fernandez, estramuros de Madrid.

ESCENA II.

DON HERNANDO, *de jardinero.* LAURA, *de dama.*

DON HERNANDO.

Permitid, Laura mia,
que mis sabrosos males,
de estas flores haciendo tribunales,
sitial y trono de esta fuente fria,
formen de vos querellas,
y os digan mis agravios;
vos la acusada, los testigos ellas;
serviránles de labios
estos claveles bellos,
quejándome de vos por todos ellos.
Tres meses los sayales
en esta huerta, de Madrid recreo,
me ofrecen bienes, y me ferian males.
Jardinero de amor por vos me veo,
vestido de esperanzas,
que en tristes dilaciones
se engolfan, por recelos de mudanzas,
de quimeras de amor, de suspensiones;
y apenas descubierto
de lejos miro el puerto,
cuando vientos contrarios se resuelven
á perseguirme, y á engolfarme vuelven;

porque el amor que mi lealtad conoce,
la playa llegue á ver, y no la goce.
Heredé de mi patria las desdichas
que significa el nombre
que le dió el fundador suyo primero:
Málaga la llamó, porque me asombre,
pues comenzando en *mal*, no tendrá dichas
quien es de las desgracias heredero.
Dí muerte á un caballero
por celos de una dama;
temí á los ofendidos;
partíme á Italia por cohechar olvidos;
amparóme el de Feria, cuya fama,
digna de eternizarse entre pinceles,
vuela, con plumas no, mas con laureles.
Servíle capitan de infantería,
y Marte, fuego que el de amor enfria,
favorable conmigo,
hizo á Milan testigo
de que aunque solo, ausente y desdeñado,
salí, si amante no, feliz soldado.
Acabóse la guerra;
publicóse la paz en el Piamonte;
llamábame mi tierra;
fue forzoso, mudando su horizonte,
pretender en Madrid premios debidos
al riesgo de dos años.
Saqué papeles bien favorecidos
del duque; mas pagaron desengaños
hazañas; que á los fieles
se les vuelen mortajas los papeles.
Nombróme camarada
Pompeyo, vuestro tio, en la jornada
á que le dió motivo vuestro pleito;
díjome que, aunque deudo, os competia,
(en contar mis desdichas me deleito)
porque al condado justa accion tenia,
que en Valencia del Pó, por sucesora
de vuestro padre, vuestro nombre adora.
Llegamos á esta corte,
de quien sois el Apolo, el alba, el norte;
supimos que esta quinta,

que eternos mayos en sus cuadros pinta,
huéspeda os adulaba;
visitóos vuestro tio;
que entre la sangre que el valor alaba,
(puesto que sea el pleito desafio)
pelean los letrados y oficiales,
hacen campos de guerra tribunales,
ejércitos testigos, (1)
y litigan los nobles como amigos.
Merecí, Laura hermosa,
veros para perderme;
que mata el áspid cuando en flores duerme.
Ví en vuestro rostro de clavel y rosa
dorados girasoles;
jazmines en su cuello trasladados;
en vos ví muchos soles,
puesto que en vuestros ojos duplicados;
ví, en fin, la nieve en fuego,
costándome el miraros quedar ciego.
Partióse brevemente
el conde; que vencido
en el pleito presente,
y vitoriosa vos, habeis podido
con la justicia vuestra,
y mas con la hermosura,
dar en la corte muestra
que competir con vos será locura;
pues para dar enojos,
mil *fallamos* pronuncian vuestros ojos.
Quedéme tan sin vida,
que para recobralla,
la libertad perdida
la busca, mas no la halla,
puesto que, jardinero,
entre esperanzas flores, desespero.
Aquí mudando el trage,
cultivaba desvelos,
grosero en el lenguaje;
que en fe de que son rústicos los celos,
celoso yo, aunque en vano,

(1) Verso suplido por el consonante.

por vestirme de celos, soy villano.
Declaréos una tarde
al borde de esta fuente,
que mis pesares en sus risas llora,
mi amor, haciendo alarde
de humilde pretendiente,
y fuéme la fortuna protectora;
pues oyéndome grata,
me hicistes poco á poco,
de puro feliz, loco,
con favores que agora me dilata,
perseguido de agravios y temores,
que ocasionan sin fin competidores;
pero es comun tributo
sembrar flores amor, sin coger fruto.
Tres meses de esperanzas
sirviéndoos entretengo;
recelo las mudanzas
del mar y la muger; y agora vengo,
ó á que os mostreis clemente,
y asegureis partidas
que me baraja tanto pretendiente,
ó á que desesperadas y homicidas
mis ansias y la fe de mis amores,
en flores muera, pues nació entre flores.

LAURA.

¡Ay don Hernando Cortés!
¡qué bien sigues el estilo
de la corte presurosa,
porque te dió su apellido!
A dar fondo á los quilates
de tu amor la fe que al mio,
horas llamarás los años,
si llamas las horas siglos.
¿Dilaciones encareces?
Caro vendes, ó amas tibio,
porque enfermo está el amor
que desmaya á los principios.
Los propósitos jugamos,
y son tan firmes los mios
en materia de quererte,
que por causa tuya olvido

parientes obligaciones,
que en derecho mas antiguo
fundan tálamos deseos,
que si los oigo, no admito.
Sobre palabra se juega;
el crédito tengo rico;
ganancioso te levantas,
cuando cédulas te libro;
que no son ditas quebradas,
pues paga á plazo cumplido
el que es noble, cuando pierde,
por palabra ó por escrito.
Si cultivando esperanzas,
vives labrador fingido,
yo tambien, porque te quiero,
patria dejo y quintas vivo.
¿Qué celos tus flores hielan?
¿qué mudanzas, qué desvios
el fruto te desazonan,
que ya tan cercano has visto?
Tus esperanzas dilata
un amor con artificio,
que intenta probar finezas
de un diamante, al cabo vidrio.
En Madrid me tienen pleitos
de parientes, que enemigos
usurpándome mi estado,
dieron causa á mi camino.
Conde de Valencia fue
mi padre, que á falta de hijos,
cifró en mí la sucesion
de su sangre y apellido.
Criábame yo en Milan
á la sombra y patrocinio
del conde de Monteflor,
que es quien te trujo consigo.
Estaba en mi patria entonces
por alcaide del presidio
que en aquella plaza tienen
las banderas de Filipo,
Alejandro Malatesta,
que hermano del padre mio

por la línea de varon,
alegá desvanecido
pertenecerle el condado
que me usurpa; y á los filos
de las armas remitiendo
los derechos de los libros,
de todo se apoderó,
amparándole el castillo
en la posesion violenta
que rehusan sus vecinos.
Viéndome desamparada,
ausente, y favorecido
del duque gobernador
mi contrario, aunque mi tio,
fue forzoso el esconderme (1)
en España del asilo
de su rey y consejeros,
donde descansan peligros.
Hospedáronme há seis meses
cortesanos deudos mios,
con licencia de su dueño,
en este apacible sitio,
digna eleccion de un buen gusto,
donde recreada olvido
los que en Italia curiosos
retratan el paraiso.
Pretensores conterráneos,
que en Madrid despues me han visto,
unos generosos deudos,
otros ilustres amigos,
intentan lícitos lazos,
que pudieran haber sido
prision de mi libertad,
á no haberte conocido.
Obligásteme discreto,
vencísteme comedido,
amásteme recatado,
adeudásteme atrevido,
hasta usurpar mis deseos,
si bien hoy, Hernando, admiro

(1) Tal vez *socorrerme.*

que méritos desquilates,
presuroso y mal sufrido.
Sentencia espero en favor,
que alentada de padrinos,
y segura en mi derecho,
con los jueces solicito.
Mi opositor receloso,
por los que le dan aviso
de la poca accion que tiene,
algunas veces me ha escrito
sobre conciertos, que paran
en que dé la mano á un hijo,
que afirma llegará presto
á esta corte; mas yo digo,
puesto que no le conozco,
que si pleitos dan maridos,
de tan mal casamentero
poca paz me pronostico.
Salga yo con la sentencia,
y entonces, español mio,
tendré caudal que te pague
empeños de amor tan fino;
y entretanto vive cierto
que ni vuelve atras el rio,
ni retroceden los cielos,
ni al viento es veleta el risco,
ni en mí que los aventajo,
y á la eternidad dedico
trofeos de mi firmeza,
mientras su constancia imito,
bronces, aceros, diamantes,
sol, esferas, tiempos, rios,
robles, cedros, lauros, palmas,
muros, torres, peñas, riscos,
mientras mi amor te fio,
tendrán valor constante igual al mio.

DON HERNANDO.

Si deseos dilatados
hallan en tí tal alivio,
dulce empleo de mis ojos,
poco tiempo he padecido.
Mas valen las esperanzas

que en tí logro, los suspiros
que en tí alegro, las sospechas
que en tí aseguradas miro,
que las posesiones de otros.
Liberal premias servicios,
piadosa remedias penas,
pródiga haces beneficios:
injustas mis quejas fueron;
perdon humilde te pido.
Jacob soy; mi Raquel eres;
su amor y paciencia imito.
No trocaré desde hoy mas
estos jardines elísios,
estos dichosos burieles,
estas fuentes y este sitio,
por la silla del imperio,
por los tesoros del indio,
por los brocados del persa,
por las púrpuras del tirio.
Jardinero soy de amor;
mis esperanzas cultivo;
mientras que méritos siembro,
galardones pronostico.
Ven, y haréte un ramillete
de matices, que distintos,
te interpreten mis afetos;
que flores tal vez son libros.
¿Me perdonas?

LAURA.

Amorosa.

DON HERNANDO.

¿Me quieres?

LAURA.

Como al mas digno.

DON HERNANDO.

¿Me pagas?

LAURA.

Castos deseos.

DON HERNANDO.

¿Me llamas...?

LAURA.

Amante mio. (*Vanse.*)

Patio de una posada de Madrid.—Es de noche.

ESCENA III.

DOÑA PETRONILA, *en jubon, con una daga en la mano, corriendo tras* TOMASA.

DOÑA PETRONILA.

¡Vive Dios, que he de matarte!
¿Hay igual atrevimiento?
Dormido yo en mi aposento,
¿osas á tal hora entrarte?
Ladron eres. Tú intentabas
robarme....

TOMASA.

Lo que no hallé.
Téngase vuesamercé:
meta allá la daga.

DOÑA PETRONILA.

Acabas
de descalzarme las botas,
y mandándote cerrar
las puertas, porque á acostar
te vayas, ¿nos alborotas,
asaltándome dormido?
Traidor, ¿qué es de la maleta?

TOMASA.

No es eso lo que me inquieta.
Téngase. ¿Nunca ha leido
del conde Partinuplés,
cuando estaba de amor preso...?

DOÑA PETRONILA.

¿Pues qué tiene que ver eso?

TOMASA.

Oiga, y sabrálo despues.
Enamorábale á escuras
una princesa ó infanta,
de aquellas que el arte encanta,

y buscan las aventuras.
Dábale invisiblemente
de comer y de cenar.
De noche se iba á acostar
con él, (mire ¡qué insolente!)
avisándole del daño
y peligro que corria,
si conocerla queria
hasta que pasase el año.
El pobre conde que á tiento
gozaba oscuros despojos,
quiso, contra el mandamiento
de *no verás*, informarse
si era la dicha persona
arrugada setentona,
que intentaba, con taparse,
pasar plaza de doncella.
Que se durmiese aguardó,
y una linterna buscó
encendida, para vella;
y cuando ya satisfecho
estaba de su cautela
el conde, lloró la vela,
y pringóla medio pecho,
cayendo dos ó tres gotas
que á la dama despertaron;
que es lo mismo que causaron
en mí esta noche tus botas.
Deseos de conocer
lo que eras, y agora he visto,
para servirte mas listo,
me animaron á emprender
la que ves, nocturna hazaña.

DOÑA PETRONILA.

Pues ¿qué has visto tú, traidor,
en mí?

TOMASA.

A Venus y al amor,
que en un cuerpo nos engaña.
Sosiégate, así los cielos
lo que buscas te deparen;
que no ignoro yo que paren

estos disfraces los celos.
Mandásteme descalzarte;
la diestra bota tiré,
y en viendo el meñique pie
con la media, dije aparte:
«¡oh pie digno de un chapin,
que por lo corto das cinco,
mejor fueras para brinco
de un letrado camarin!
¡Válgame el cielo! ¿que esté
en tan chico pedestal
todo un cuerpo? No hará mal
de aqueste pie un puntapié.
Comprárale yo, á ser Fucar;
celebráràle poeta.»
Quité escarpin y calceta,
y ví un juguete de azucar,
una manteca soriana,
un bollo de manjar blanco,
y dije: «¡oh! ¡quién fuera banco
de tal pie cada mañana!»
Tan igual, tan ampollado,
tan tierno, con tanto aliño,
tan melindroso, tan niño,
y, en fin, tan desjuanetado,
que imprimiendo su retrato
en el alma mi aficion,
se calzó mi corazon,
como si fuera zapato.
"¡Vive Dios, (dije entre mí)
pie adarme, que os han criado
mas para alfombra y estrado,
que para que andeis ansí.
Sospechas hembras, dudar
en esto, será mentir:
mejor sois para parir,
mi pie, que para engendrar."
Vuelvo la vista al jubon,
y ví un par de burujones
en forma de naterones,
jubilados del carton.
Miro el cabello al instante,

y advierto que contra el uso,
el artificio le puso
atras, naciendo adelante,
y dije, aunque soy visoño:
«femenina cabellera,
moños tapan la mollera;
pero en cogotes no hay moño.
De vuestro trage y de vos,
ó sueño, ó he colegido,
vos muger, y hombre el vestido,
que sereis comun de dos.»
No quisiste desnudarte
en mi presencia; la puerta
me hiciste cerrar, (mas cierta
ocasion de maliciarte);
que me llevase la llave
y la vela me advertiste;
salí entre confuso y triste;
y mi inquietud, que no sabe
sino allanar trampantojos,
aguardándote adormida,
entró una vela encendida,
y, inquisidores los ojos,
ví lo que el Partinuplés
en la infanta Perdigada.
La cera, de enamorada,
se derritió; y ya tú ves
si llorando sobre tí,
te habia de despertar.
Voces empezaste á dar;
soplé la luz, y salí
al patio, donde procuras
castigarme por curioso.
Yo pequé de malicioso;
pero si no te aseguras,
porque conozco lo que eres,
estálo de mi lealtad;
que si va á decir verdad,
para ser las dos mugeres,
(repara en lo despoblado)
(La barba.)
falta tan poco, (te doy

mi fé) que si no lo soy,
lo mas de ello tengo andado;
porque de suerte negocia
lo tiple en mí, (verdad digo)
que estoy, con estar contigo,
en Madrid y en Capadocia.

DOÑA PETRONILA.

En Madrid no lo estarás,
bárbaro, descomedido.
Ya que loco y atrevido
fuiste hoy, aquí morirás.—
Sal de la corte al momento.

TOMASA.

¿No es mejor, si has de fiarte
de alguno...?

DOÑA PETRONILA.

¡Oh villano! parte.

TOMASA.

¿En qué, si vendí el jumento?
Verás, si de mí te encargas....

DOÑA PETRONILA.

¿Que la muerte no te doy?

TOMASA.

Pues á fé que si me voy,
que se ha de acordar de Vargas.
¿Mas que ha de soñar mi nombre?

DOÑA PETRONILA.

¡Oh infame!

TOMASA.

Daré noticia,
pues que me echa, á la justicia,
que hay muger vestida de hombre
en esta posada. A Dios.

DOÑA PETRONILA.

Espera. ¡Ay cielos!

TOMASA.

No quiero.

DOÑA PETRONILA.

Mataréte.

TOMASA.

Pues ya espero,
no me haga mal; que los dos

acompañados podremos
hacer nuestro hecho mas bien.
Yo soy capon muy de bien.
Al capitan buscaremos,
que á mi hermana me llevó,
y si su historia me cuenta,
y algun hombre la hizo afrenta,
fiese de mí; que yo
la sacaré á paz y á salvo.
Ea: ¿quiéreme perdonar?

DOÑA PETRONILA.

No sé.

TOMASA.

Me atrevo á engañar
á un corcobado y á un calvo.

DOÑA PETRONILA.

¿Qué he de hacer?—¿Me guardarás
lealtad y secreto?

TOMASA.

¡Dalle!
¿Eso me ha de decir? Calle.
Chiton eterno: no hay mas.
Haga cuenta que en la hucha
echa lo que me dijere:
mientras que no me rompiere,
ni esto saldrá.

DOÑA PETRONILA.

Pues escucha.
Aquella ciudad que el Betis
pasea, sirve y conquista,
incansable enamorado,
porque en su espejo la mira,
y en fe de que es dama al uso,
con ella prodigaliza
los tesoros que le pechan
paladiones de las Indias,
es, Vargas, mi ilustre patria,
y en ella bien conocida
la nobleza generosa
que dió nombre á mi familia.
A los pechos de mi madre
me dejaron las desdichas

de una juventud traviesa,
que heredé, por ser su hija,
ausentándole una muerte,
si ocasionada, atrevida,
á aquel orbe todo de oro,
hoy español, antes inga.
Crióme el cuerdo recato
de una madre medio rica,
que lloraba, aunque casada,
soledades como viuda,
cuidadosa centinela
en mis acciones y vista,
principalmente en saliendo
de los límites de niña.
Veinte años contaba alegre
mi edad, aunque recogida,
licenciosa por la patria,
(si es bien que culpe su clima)
cuando llegó á casa huesped
un deudo que llamó prima
á mi madre, y la obligó
á regalos y caricias.
De Málaga le trujeron
ocasiones que en Sevilla
le detuvieron un mes,
para mí, Vargas, un dia.
En todo él no permitió
la prudencia prevenida
de mi madre que me viese,
por no ocasionar malicias;
pues si bien ella á su mesa
las cenas y las comidas
se hallaba, encerrada yo,
ocasiones desmentia.
La privacion es deseo;
el deseo solicita
la voluntad, y esta crece
al paso que la limitan.
Contábanme mis criadas
la apacible gallardia
de don Hernando Cortés,
(ansí el huesped se apellida)

y como antojos mugeres
son como el fuego en la mina,
que violentado rebienta,
aunque libre se amortigua,
curiosidades doncellas
acecharon atrevidas
privaciones que las noches
usurpaban á los dias.
Las junturas cohecharon
de una puerta ojos espias,
por donde dieron al alma
pesadumbres en albricias
del deleite de su objeto,
porque en él vieron en cifra
cuantas gracias en Adonis
fabulosas plumas pintan.
Venus yo; si antes Diana,
resplandores maldecia
de la aurora, porque al sol
envidiosa daba prisa.
Desvelando pensamientos
las noches, por celosías,
que en la puerta coadjutoras,
ventanas sostituian,
contemplé diversas veces
venenosa bizarría,
Tisbe ya, por agujeros
mirando y no siendo vista,
hasta que una á su criado
escuché que le decia,
mientras que le desnudaba
estas razones: «Mansilla,
pues se casa doña Ines,
y el oro de don Garcia
rinde un alma interesable,
que se llamaba antes mia,
no mas Málaga, no mas
ciudad, si patria, enemiga,
donde en ferias de mudanzas,
cobra el interes partidas.
Málaga que en *mal* comienza,
los que lloro pronostica;

dorados gustos vencieron
amor, si ya él es alquimia.
Cásese Ines con doblones,
que suelen doblar desdichas,
y obligaciones desprecie
mas seguras por sencillas:
memorias anega el mar,
la ausencia agravios olvida,
la guerra divierte celos,
Italia hazañas alista,
el rey despierta leones
que á las voces de la envidia
la ingratitud piamontesa
para daño suyo incita:
partirme quiero mañana;
plumas que amor afemina,
adornen galas de Marte,
y fieles á su rey sirvan.»
Alentábale el criado,
y yo que amorosa oia
con gusto el que no le amasen,
con pesares su partida;
si le juzgaba primero
por Adonis, ya la envidia
por sol me le retrataba.
¡Qué estrañamente apadrinan
los celos, Vargas, las partes
de la prenda que querida,
cuando se contempla agena,
al deseo añade estimas!
Fuíme á dormir; pero en vano,
pues lloré recien nacidas
esperanzas, que la muerte
se acusaban á sí mismas.
Determinéme, en efeto,
manifestar escondidas
brasas, de quien la vergüenza
y el temor fueron ceniza.
La siguiente oscuridad
aguardaba, que propicia
limitase luz á Febo,
y á mi amor diese osadía,

cuando le traen un papel
á mi madre, donde escrita
la sentencia de mi muerte
ví á don Hernando en su firma.
Disculpábase, ya ausente,
de que ocasiones precisas,
en su honor interesadas,
le ausentaban de Sevilla,
sin permitirle siquiera
pagar á la cortesia
deudas de hospicio y regalo,
(para mí disculpas tibias);
que á la guerra del Piamonte
le llevaban bien nacidas
esperanzas, y lealtades
que hazañosas se autorizan;
que le encomendase á Dios;
porque si le daba dicha,
pensaba pagarla yerno
mercedes que le hizo prima.
Yo triste, ausente y celosa,
poco amé pues quedé viva,
ya martir de sus tormentos,
puesto que en ellos novicia.
Un año de soledades,
y mil de melancolías,
cuanto menos publicadas,
mas crüeles escondidas,
pasé, si bien alentando
esperanzas en reliquias
conservadas con dos pliegos
de Génova y Lombardía,
que á mi madre encaminó,
hasta que tuvo noticia
por otro, que ya en la corte
la cruz roja daba estima
á su pecho y sus hazañas;
y que si, cual pretendia,
fuese el hábito encomienda,
á obligaciones antiguas
grato y noble, procuraba
con su licencia lucirlas,

añadiendo afinidades
á las deudas consanguíneas.
Esperanzas revivieron
en mí, y en ella alegrias,
de saber que caudaloso
estaba mi padre en Lima,
reduciendo hacienda á barras,
con que casándome rica,
la cruz nueva autorizase
el monarca de las minas.
Mézclanse lanas diversas
en el telar de la vida,
unas de color alegre,
otras que tristes lastiman.
Siempre el contento es pechero
del pesar; oye y admira
de esta verdad ejemplares,
Vargas, en la historia mia.
En prosperidad como esta,
llegó aquel infausto dia
en que las olas del Betis,
desde el diluvio homicidas,
cansadas del largo cerco
que há tantos siglos que sitia
nuestra metrópoli España,
asestando baterías,
ya de las pródigas nubes,
ya del mar en aguas vivas,
ya de renteros arroyos
que pechan siempre á sus ninfas,
cañoneando de noche
las celestes culebrinas,
que rayos en vez de balas,
partos abortos fulminan,
al son de atambores truenos,
puertas y muros derriban,
calles y plazas pasean,
casas y templos registran;
y dando á saco riquezas,
huye la plebe dormida,
clausuras vírgenes quiebran,
montes de casas conquistan.

Brazos de mar son las calles,
al Bermejo parecidas,
pues para ahogar Faraones
de endurecida malicia,
no ya vara de piedad,
la vara sí de justicia
levanta Moisés airado,
que en mansiones las divida.
Al mar restituye el Betis
los bienes y hacienda misma
que en veces por tantos años
nos feriaba de las Indias;
y ya enemigo, si amante,
severos reyes imita,
que lo que dan poco á poco,
por junto al privado quitan.
No quiero contar tragedias
con vislumbres de infinitas,
cuando ni plumas se atreven,
ni moldes á referirlas:
las de mi casa no mas
será fuerza que te diga,
como ocasion lastimosa
de mis presentes fatigas.
En la mitad del silencio,
el cuarto donde dormia
mi inocente y cara madre,
le arroja el diluvio encima:
sepultada antes que muerta,
el llanto, alboroto y grita
de domésticos y estraños
con clamores solemnizan
las obsequias funerales
de tanta plebe y familia,
dejando historias al tiempo,
Troya de agua ya Sevilla.
Yo turbada, si ignorante,
y si dudosa, advertida
del daño que todos temen,
bien triste, aunque mal vestida,
á la mas alta azotea
subo; y aguardando arriba

al sol que salió enlutado
por los destrozos que admira,
me pasaron, por mas fuerte,
á la casa que vecina
comunicaba terrados,
de donde ví que enemigas
las nubes, la tierra, el agua,
en un instante me privan
de madre, casa y hacienda,
y ¡ojalá que de la vida!
No encarezco sentimientos,
que es justo que los colijas
de quien á deudas de sangre,
libraba obediencias de hija.
Pasóse la tempestad
al cabo de largos dias;
halléme huérfana y pobre;
y si los males alivian
agenos, yo te prometo
que hallara en otras desdichas
consuelos con que olvidar
las que propias me lastiman;
porque muchos que el dia antes
con los Cresos competian,
el siguiente mendigaban
puerta á puerta su comida.
Yo, en fin, amante, aunque pobre,
(que el firme amor no peligra,
como el falso, en las desgracias,
antes gigante se anima)
en busca de don Hernando,
del modo que ves vestida,
vengo á probar lo que valen
palabras que ya son ditas.
Sé que asiste aquí, no dónde;
mas ya por tí conocida,
de tu lealtad confiada,
quiero ver como averiguan
tu diligencia y mi amor
promesas, que antes escritas,
me causan recelos pobre,
si me aseguraban rica.

Este es, Vargas, mi suceso;
si de mí y de él te lastimas,
ya suelen fidelidades
hallar el premio en sí mismas.

TOMASA.

Yo te prometo, señora,
que no he llorado en mi vida
otro tanto, aunque he escuchado
sermones de disciplina;
pero porque estés mas cierta
del secreto que me fias,
pues tu historia me contaste,
escucha tambien la mia.
En Yepes, emulacion
de Ocaña, una y otra villa
donde muere el vino moro,
porque allá no le bautizan,
me criaron....
(*Ruido dentro.*)
Mas ¿qué es esto?

DOÑA PETRONILA.

Huéspedes nuevos.

ESCENA IV.

EL CONDE GALEAZO *y* ROBERTO, *de camino.* MARCOS.
PABLO.— DICHAS.

MARCOS, *dentro.*

Avisa
la patrona, Pablos, que eche
lana blanda y ropa limpia.

PABLO, *dentro.*

Llevaremos al meson
las mulas.

ROBERTO, *dentro.*

Si está dormida,
por ser tarde, la hostalera,
mal almuerzo se me aliña.

MARCOS, *dentro.*

No hay sueño donde hay dinero
advenedizo.

(*Salen el Conde, Roberto, Marcos y Pablo.*)

CONDE.

¡Hola! quita
esas maletas. Roberto,
¿qué hora es?

ROBERTO.

Dice la risa
del alba que son las cuatro.

CONDE.

Fue la jornada prolija:
no me espanto.

MARCOS.

Madalena,
criados, Pedro, Cristina,
bajen á alumbrar al conde.

DOÑA PETRONILA.

(*Aparte á Tomasa.* ¡Conde, Vargas!) Vuesiría
sea mil veces bien llegado.

CONDE.

¡Oh hidalgo! para que os sirva.
¿Sois de casa?

DOÑA PETRONILA.

Huesped soy.

CONDE.

Vuestra presencia autoriza
la opinion de la posada.

PABLO.

¿No hay velas?

UNA VOZ DENTRO.

Suban arriba;
que velas habrá y velones.

ROBERTO.

(*A los mozos.*)

Alto, pues.

MARCOS.

Con menos prisa.

CONDE.

Subo con vuestra licencia.

DOÑA PETRONILA.

Démela vueseñoria
para que vaya....

CONDE.

Eso no.

DOÑA PETRONILA.

Señor....

CONDE.

No, por vida mia.

DOÑA PETRONILA.

Désela Dios muchos años.
(*Aparte á Tomasa.*)
¡Bravo talle!

TOMASA.

(*Aparte á doña Petronila.*)
Huele y brilla.
(*Vanse el Conde, Marcos y Pablo.*)

ESCENA V.

DOÑA PETRONILA. TOMASA. ROBERTO.

TOMASA.

(*A Roberto.*)
Hidalgo, ¿conde? ¿y de qué?

ROBERTO.

Conde, y de Italia.

TOMASA.

¿Y camina...?

ROBERTO.

Aquí no mas.

TOMASA.

¿Y se llama...?

ROBERTO.

Galeazo.

TOMASA.

¿Y á qué, diga,
viene á Madrid?

ROBERTO.

A casarse.

TOMASA.

¡Zape!

DOÑA PETRONILA.

Alto de aquí, Varguillas.



ACTO SEGUNDO.

Sala de la posada.

ESCENA I.

—

DOÑA PETRONILA *y* TOMASA, *de hombres.*

DOÑA PETRONILA.

Por muerta, Vargas, me cuenta.
No tengo seso, no estoy
en mí.

TOMASA.

¿Qué has visto?

DOÑA PETRONILA.

Ví hoy
otra segunda tormenta
mayor que la de Sevilla.

TOMASA.

¿Mayor?

DOÑA PETRONILA.

Para mis desvelos,
porque es tormenta de celos.

TOMASA.

No se usan en esta villa.
Todo lo que no es dinero
en la corte, no es amor.

DOÑA PETRONILA.

Vargas, de tu buen humor
mas penas sacar espero
que alivios. Déjame agora.

TOMASA.

Pues ¿qué has visto?

DOÑA PETRONILA.

¡Ay cielos! ví
lo que dudosa temí,
lo que mi desdicha llora.

Llevóme el conde consigo
á esa huerta, infierno ya,
á quien Juan Fernandez da
nombre y fama. Yo te digo
que aunque al principio su vista
mis sentidos recreó,
porque en ella se cifró
Chipre, en que Venus asista,
despues que hallé entre sus flores
un áspid que disfrazado
ponzoña á mi pecho ha dado,
y aumentos á mis temores,
volcanes son sus planteles,
incendios sus fuentes son,
tormentos su recreacion,
penas su rosa y claveles.
¡Ay Vargas! quien las cultiva
es don Hernando Cortés.

TOMASA.

¡Jesus! ¿Qué dices? No des
crédito á engaños.

DOÑA PETRONILA.

Ni viva
quien para desdichas nace.
Conocíle jardinero;
que con el trage grosero
le manda amor que disfrace
el fuego de mis querellas.
¿Quién creerá (¡ay fieros rigores!)
que llamas cultiven flores,
y que esten verdes con ellas?
Rogóme el conde que fuese
con él, y sin declararse,
quiso primero informarse
(antes que quien es supiese)
de la belleza de Laura,
con quien amante pleitea,
y si el pincel de su idea
en su original restaura
la hermosura que usurpó
lisonjas á los colores;
porque en cohechos pintores

siempre el interes mintió.
Vióla en el dicho jardin,
que entre unos cuadros abeja,
agravia flores que deja,
y obliga las de un jazmin
á que fundamento den
á un ramillete que aliña,
porque un hilo juntos ciña
celos, amor y desden.
Estaba de jardinero
mi don Hernando Cortés,
(mio no, que de Laura es)
y aunque en disfraz tan grosero,
le conocieron mis males;
que aunque le ví de aquel modo,
amor, espíritu todo,
penetra hasta los sayales.
Escogíala las flores
que su amor le aconsejaba;
las amorosas le daba
para obligarla á favores;
las azules le escondia
por no ocasionar desvelos;
y si flores tienen celos,
yo su amante ¿qué tendria?
Con doméstica llaneza
ví que Laura le trataba,
cuando las flores le daba;
y amor, todo sutileza,
todo industria, todo enredos,
terceras quiso obligarlas;
ella risueña al tomarlas,
y él lisonjero en los dedos.
Que la debió de cohechar
si la adora, ¿qué lo dudo,
pues cuando amor está mudo,
por los dedos suele hablar?
Preguntó el conde quién era
(mientras yo me atormentaba)
la dama que se humanaba,
de aquel jardin primavera.
«La condesa de Valencia

del Pó,» le respondió un page,
«que en Milan con su linage
pleitea sobre su herencia.»
No se atrevió á descubrirse,
puesto que sí á enamorarse;
que amor que sabe arriesgarse,
es cobarde al resistirse.
Juzgó en ella de los cielos
un sol que le deslumbró;
¿qué juzgara, Vargas, yo
que la miraba con celos?
Volvímonos, él perdido
de amor, y yo rematada:
él sin alma allá usurpada,
yo allá y aquí sin sentido.
Hame cobrado amistad
de suerte, que no permite
que de su lado me quite;
ni yo tengo voluntad
de perder su compañia;
porque siempre amigos son
los que de una profesion
llama el sabio *simpatía.*
Amamos en un lugar,
y una misma competencia
nos iguala en la esperiencia
del querer y el envidiar.
Impórtame que le asista,
pues si Laura, cual sospecho,
tiene á mi amante en su pecho,
y él no la pierde de vista,
el conde y yo, que nos vemos
parientes en los cuidados,
amantes y desdeñados,
mejor nos consolaremos.

TOMASA.

Pues no te aflijas ansí,
¡cuerpo de tal! ten valor,
que sin competencia amor,
él mismo se apaga en sí.
Si nunca te vió tu amante,
si lo que le amas ignora,

y vienes á hallarle agora,
con desvelo semejante,
ensayándose á quererte
en agena voluntad,
porque le halle tu lealtad
diestro, cuando llegue á verte,
¿qué temes? Ó ¿qué querias?
¿Que ya en Madrid cortesano
su amor, mano sobre mano,
gastase ocioso los dias?
Déle el gusto puerta franca;
quiera bien, que eso me alegra;
ensaye en la espada negra
tretas que logre en la blanca;
que pues el conde te cobra
voluntad, y aquí ha venido
á título de marido
de Laura, bástate y sobra
que al principio del camino
vida á tu esperanza des.
¿No somos tres? Pues los tres
seremos *tres al mohino*.
Calla, y animosa alienta
el fin de tu pretension.

DOÑA PETRONILA.

El conde es este.

TOMASA.

Chiton,
y corra esto por mi cuenta.

ESCENA II.

EL CONDE.—DOÑA PETRONILA. TOMASA.

CONDE.

Don Gomez, yo te he elegido
por amigo verdadero,
y en fé de serlo, no quiero
que tenga el pecho escondido
secreto para ocultarte.

Ya dije ayer la ocasion
de que en esta confusion
siga á amor y olvide á Marte;
que mi padre aquí me envia
para que pleitos cansados
truequen derechos letrados
en amor; que es prima mia
Laura, y que intente con ella,
casándome, asegurar
lo que ya dudo alcanzar,
por los que vuelven por ella.
Mal su justicia asegura
quien en sus pleitos ignora
que muger competidora
se ampara de su hermosura.
Porque si en mí verlo quieres,
mas efeto he visto hacer
de su cara el parecer,
que mil sabios pareceres.
Llora, encarece y intima;
halla en tribunales gracia;
la belleza es eficacia
que enamorando lastima;
y, en fin, como nacen de ellas
los jueces, templan cuidados;
que no hay tales abogados
como son lágrimas bellas.
Laura en la corte amparada,
por huérfana socorrida,
por hermosa pretendida,
por discreta celebrada,
casi espera en su favor
la sentencia contra mí.
Pues ¿para qué vine aquí,
don Gomez, si su rigor
dos veces me ha de querer
mal, por pobre y por contrario?
La soberbia es de ordinario
con riqueza en la muger.
Volverme quiero sin verla,
ó á lo menos sin hablarla;
que en vano pretendo amarla,

si no espero poseerla.
Hacienda en Italia heredo,
cuando me quiten su estado,
si no igual á un potentado,
á lo menos con que puedo
vivir, sin necesitar
de parientes caudalosos;
que vengando aquí envidiosos,
duplicaré mi pesar.
Vente, don Gomez, conmigo
á Italia, y verás en ella
la provincia que mas bella
honra á Europa. Por amigo
te tengo; si obligaciones
no te empeñan, sal de España:
confiado me acompaña
de que en todas ocasiones,
como si fueras mi hermano,
en fé de nuestra amistad,
entrarás en la mitad
de mi hacienda.

DOÑA PETRONILA.

Fuera en vano
satisfacer las mercedes
que me obligan tu deudor,
con palabras, si es mejor
el silencio. Desde hoy puedes
hacer esperiencia en mí
de obligaciones de esclavo;
pero ni tu intento alabo,
ni te has de ausentar de aquí.
Prueba tu dicha primero,
informa de tu justicia;
que ni pasion ni malicia
en los jueces considero
de esta corte. ¿Qué escarmientos
tu derecho han desmayado?

TOMASA.

Muera, pues pierde su estado,
con todos sus sacramentos,
¡pesie á tal! vueseñoría.
¿Qué mal nos ha de venir

mayor, señor, que salir
vencidos á sangre fria?
Ame, informe, solicite,
y venga lo que viniere.

CONDE.

Quien mal en Madrid me quiere,
que esté en él no me permite.
Asiste el marques Octavio
en esta corte, enemigo
de mi padre, que en castigo
años há de cierto agravio,
mató al suyo, y le quitó
los estados que tenia.
El marques que pretendia
vengarse, aunque lo intentó,
no pudo, desamparado
de amigos y de caudal;
y viéndose desigual,
de su patria desterrado,
en esta corte pretende
casar con Laura; y si sabe
que aquí estoy, querrá que acabe
el hijo de quien le ofende,
y á ser su competidor
viene agora. No me ha visto
jamás; pero si aquí asisto,
y publicando mi amor
á Laura, quien soy declaro,
por fuerza he de despertar
venganzas que ha de intentar,
como pudiere.

DOÑA PETRONILA.

Eso es claro.

CONDE.

Pues arriesgarme á perder
adonde ganar no puedo,
no es cordura. Si aquí quedo,
por fuerza tengo de ver
sentencias que me den penas,
celos de competidores,
y desdenes vencedores
de quien oye norabuenas

ya del pretendido estado.
Don Gomez, no hay tal remedio
como poner tierra en medio:
yo estoy ya determinado.
Sígueme, y fia de mí
cuanto agora te he ofrecido.

DOÑA PETRONILA.

Yo soy tan agradecido....—
Vargas, déjanos aquí.

TOMASA.

Déjote; allá dentro espero. (*Vase.*)

ESCENA III.

DOÑA PETRONILA. EL CONDE.

DOÑA PETRONILA.

Que os he, conde, de pagar
el darme tanto lugar
en vuestras cosas, primero
que nuestra corte dejeis.

CONDE.

¿De qué suerte?

DOÑA PETRONILA.

Oidme agora.
Laura, aunque os vea, ¿no ignora
quien sois, puesto que aquí esteis?

CONDE.

Sí, don Gomez; que en Milan
desde niña se crió,
y yo en Valencia del Pó,
cuyo derecho le dan.

DOÑA PETRONILA.

Del mesmo modo ese Octavio,
por vuestro padre ofendido,
no os conoce.

CONDE.

En eso he sido
venturoso.

DOÑA PETRONILA.

Un medio sabio,
siendo eso así, os asegura
el pleito desesperado
que amenaza vuestro estado.
Si en manos de la ventura
y mias dejais poneros,
no hay aquí que recelar.

CONDE.

Ya vuelve á resucitar
mi esperanza solo en veros;
que no sé qué inclinacion
oculta me pronostica
dichas que me certifica
vuestra mucha discrecion.
Desde que os ví, os quiero bien.

DOÑA PETRONILA.

Pues Laura, conde, se emplea
en amarme, y no desea
sino que en su favor den
esta sentencia enfadosa,
para atropellar amantes
en su pleito negociantes,
y darme mano de esposa.

CONDE.

¿Qué decís?

DOÑA PETRONILA.

Por orden suya
estoy en Madrid cual veis.
Como secreto guardeis,
yo haré que esto se concluya
á vuestra satisfaccion.

CONDE.

¿Que por orden suya estais
aquí?

DOÑA PETRONILA.

¿Pues eso dudais?

CONDE.

De vuestra disposicion
y talle no es maravilla
que Laura esté aficionada.

DOÑA PETRONILA.

Al cabo de su jornada,
hizo noche en esa villa,
que siendo española Atènas,
al Henares nombre da.
Cursaba yo en Alcalá
mas sus riberas amenas,
que sus escuelas famosas:
vi, la noche que llegó,
un alba que se apeó,
entre jazmines y rosas,
de una litera, al ocaso
del mas nombrado meson:
mi estudiosa profesion
le salió cortés al paso.
Acompañéla á una sala
con otros que de mi edad
honraban mi facultad.
Iba vestido de gala;
supe quién era, á qué iba
á la corte; regaléla,
y tomando una vihuela,
ya mi libertad cautiva,
la entretuve hasta cenar.
Convidóme, y acepté;
que estudiantes, ya se vé
que no se hacen de rogar.
Despedíme ya bien tarde,
y ella, toda cortesía,
mientras que me agradecia
cumplimientos, hizo alarde
de vislumbres de aficion:
madrugué por la mañana,
no el alma de todo sana,
y, en fin, hasta Torrejon,
que quiso ó no, fuí con ella
en un caballo prestado;
dióme la litera lado,
y hallé, caminando, en ella
agrados sobre qué hacer
amorosos edificios;
que amor empieza en indicios

fáciles de conocer.
Despedíme allí, y tornéme,
echando á la vuelta menos
el alma, los ojos llenos
de sentimiento. No teme
el amor que es estudiante.
Como sin alma quedé,
cartapacios arrimé,
gradüándome de amante.
Vine á Madrid, visitéla
en la huerta donde vive;
y amor que alegre recibe
el huesped que le desvela,
me ofreció apacible entrada.
Dijela mi calidad,
ponderé mi voluntad,
á servirla dedicada.
Mostró severo el semblante,
reprendióme rigurosa,
y alterada (comun cosa
en todo amor principiante)
fuése fulminando enojos;
puesto que aunque se ofendia,
lo que la lengua decia,
iban negando los ojos.
Escribíla de Alcalá,
no me quiso responder,
volvíla otra vez á ver,
y mas apacible ya,
me permitió visitarla,
como mis atrevimientos
no esplicasen pensamientos.
Prometí de no enojarla,
y callé; que en la mas casta,
(como es la esperiencia juez)
si ha de querer, una vez
que amor se lo diga basta.
De Alcalá á Madrid partidas
y vueltas daban alientos
á amor; que como los cientos,
todo es idas y venidas;
pero nunca la decia

cosa que en mi amor tocase,
con que, aunque disimulase,
sentí yo que lo sentia;
hasta que una vez pedí
licencia para partirme
á Jaen, por escribirme
mi padre esperarme allí
mil de renta, y una dama
para esposa. Aquí fue Troya;
que amor que el secreto apoya,
con celos rebienta en llama.
No pudo disimular:
llenóme de descortés,
aleve, ingrato; y despues,
de media hora de llorar,
me amenazó, si la mano
á otra que Laura no fuese
daba, que me apercibiese
á que la de algun villano
me habia de quitar la vida.
Con esto, y asegurarla
que no mas que por probarla,
fingí mi falsa partida,
quedé en su gracia de suerte,
que amado y favorecido,
al punto que haya salido
en favor suyo la suerte
de la sentencia que espera,
nos hemos de desposar,
y por Italia trocar
patria y profesion primera.
Mándame andar recatado,
porque ocasiones desmienta
de quien amándola, intenta
gozar en dote su estado.
Llegué, como suelo, ayer
á verla, y mudé posada,
por temer que en la pasada
han alcanzado á saber
algo de lo que pretendo:
apeásteos en ella;
y quiso mi buena estrella

que vuestros méritos viendo,
y la merced que me haceis,
amigo y no opositor,
apadriné vuestro amor.
Si celos de mí teneis,
perdeldos; que yo os prometo,
á fé de hidalgo, de dar
trazas que os han de ablandar
á Laura, por mi respeto.
Y si con ella os desposo,
que sí haré, (fiaos de mí)
vereis, conde, que hay aquí
español tan generoso
como el monarca que á Apeles
obligó, y mas á la fama,
que afirma le dió su dama
en premio de sus pinceles.

CONDE.

Don Gomez, no quiera Dios
que os haga yo tal agravio:
no goce de Laura Octavio,
y lograos con ella vos.
Vuestra gentileza es digna
de su discreta eleccion;
pagad su justa aficion,
pues la suerte os es benigna.

DOÑA PETRONILA.

Conde, ó los dos nos partamos
á Italia, ó si sois mi amigo,
callad y haced lo que os digo:
y pues ya comunicamos
las almas, sabed que aquí
tengo prenda á quien le debo
cierta obligacion de nuevo,
que imposibilita en mí
casarme con Laura.

CONDE.

Elijo
lo que me há de estar tan bien.
¿Que aquí teneis dama?

DOÑA PETRONILA.

En quien

por lo menos tengo un hijo.

CONDE.

¡Jesus! ¿Tan niño?

DOÑA PETRONILA.

Ya estan
examinados de padres
niños, por conocer madres
que fruto á los trece dan.
Como la vida es tan corta,
suple la naturaleza
defetos de su flaqueza,
y plazos el tiempo acorta.
Yo os he de casar en breve
con Laura.

CONDE.

Mucho intentais.
No podreis.

DOÑA PETRONILA.

Porque veais
mi ingenio á lo que se atreve,
escuchad esto que trazo.
A Laura hemos de ir á ver
agora, y ha de saber
que está el conde Galeazo
con ella y que nó sois vos,
porque Octavio no os ofenda
cuando vengarse pretenda.

CONDE.

Cosas proponeis, por Dios,
estrañas.

DOÑA PETRONILA.

Soy estudiante.

CONDE.

¿Quién ha de hacer á ese conde?

DOÑA PETRONILA.

En la posada se esconde.

CONDE.

¿Hay don Gomez semejante?

DOÑA PETRONILA.

No digais á la condesa,
la vez que á hablarla llegueis,
que de nuestro amor teneis

noticia.

CONDE.

Advertencia es esa
escusada.

DOÑA PETRONILA.

Pues venid,
y echad á un lado recelos.

CONDE.

¡Ay don Gomez de los cielos!
Dios te me trujo á Madrid. (*Vanse.*)

La Huerta.

ESCENA IV.

DON HERNANDO, *de villano.* MANSILLA.

MANSILLA.

Fuí á Málaga á lo soldado,
con las galas que me diste,
á ver tu madre que triste
por muerto te habia llorado.
Pasé por Yepes y Ocaña,
dos villas de donde el vino
hace perder el camino,
bodegas nobles de España.
Hice noche en una aldea,
donde un meson labrador
(que pudiera ser mejor)
me alojó á la chimenea
en un escaño del Cid.
Sobre cena me pregunta
la familia que allí junta
estaba, si iba á Madrid:
dije que sí, y que de Italia
soldado viejo venia
á la corte y pretendia
una conducta. La algalia

que daba olor al vestido,
(porque esto se le pegó
del ser tuyo) me abonó,
y yo en él desvanecido,
hazañas cuento sin cuento,
que escuchaban abobados;
porque yo á fuer de soldados,
no vivo mientras no miento.
Díjeles, entre otras cosas,
que saliendo á pecorea
á la vista de una aldea,
(que las de allí son famosas)
entré en una casería,
y hallando el horno encendido,
porque no fuí recibido
con amor y cortesía,
al huesped y á su muger
metí dentro, donde asados,
vengaron á mis soldados,
y nos dieron de comer.
Que saliendo al alboroto
los vecinos del lugar,
cuando me iba á acostar,
hallé mi escuadron que roto,
á huir echaba, y que yo
la cabeza derribé
al primero, y esta fue
á dar á otra, y esta dió
en otra, y fue de manera
la cabezada española,
que sin mas golpe, ella sola
derribó toda una hilera.
Creyeron esta aventura,
y otras, que es nunca acabar,
mas que cuando en el altar
las fiestas les echa el cura;
porque chanzas de habladores,
comedias de tramoyon,
ensalmos y coplas, son
evangelios labradores.
Estaba una villaneja
oyendo entre los demas,

tan carihermosa, que atras
las Amarilis se deja.
Fuéronse á acostar al cabo
los viejos, y entre la loza
fregatizando la moza
con tal gracia (no la alabo
cual merece) se quedó,
que si el sol verla pudiera,
para estropajo la diera
su dorado moño. Yo
que la ví ensuciando espumas,
llego por detras quedito,
y el sombrero que me quito,
la pongo con banda y plumas;
y ella entonces, no peñasco,
pero algo requeson ya,
respondiéndome: «arre allá,»
en un espejo, ya casco,
se fue á mirar al candil,
y arrimando la sarten,
dijo: «á ver si me está bien.»
El dimuño que es sotil,
hizo entonces de las suyas,
si Pedro yo de Urdemalas;
y como estrangeras galas
en bobas son aleluyas,
tanto pudieron con ella,
que á los ecos de un "marido
tuyo soy" (hechizo ha sido
que encanta toda doncella)
siendo tálamo el escaño,
la chimenea madrina,
á vista de la cocina,
hubimos año, buen año.
Dueña, aunque no de su casa,
la moza, y ya yo su dueño,
entró el sol antes que el sueño,
y caricuerda Tomasa,
(que este apellido la dan)
me conjuró que cumpliese
mi promesa y que volviese,
en saliendo capitan,

por ella; y á fé de hidalgo,
que he de hacerla mi muger,
si bien esto no ha de ser
mientras capitan no salgo.

DON HERNANDO.

Sí harás; que si yo, Mansilla,
esposo de Laura soy,
y dote honrado te doy,
tu palabra has de cumplilla.
En fin, ¿llegaste á mi casa?

MANSILLA.

¡Ah! sí: olvidábame ya;
pero ¿qué mucho, si está
cosquillándome Tomasa?
Guardéte el mejor bocado
para la postre. Este pliego
te traigo, y en él te llego
á dar plácemes de grado,
puesto que pesares tiene.
Siete mil de renta heredas,
con que consolarte puedas.

DON HERNANDO.

¿Qué dices?—Mas Laura viene.
Retírate.

MANSILLA.

¿Para qué,
si te has de partir al punto,
y la hermana del difunto
te adora?

DON HERNANDO.

Retiraté.

MANSILLA.

¿No sabe que soy tu page?

DON HERNANDO.

Sí; pero maliciarán
los que aquí vienen y van,
si contigo en este trage
me ven hablar; y no quiero
dar ocasion á malicias.

MANSILLA.

Pues prevenme las albricias;
que cuando anochezca espero. (*Vase.*)

ESCENA V.

DON HERNANDO, *leyendo.*

Llevó el cielo á vuestro primo don Gerónimo, con lastimoso sentimiento de cuantos conocieron su agradable y malograda juventud, sucediendo vos en su mayorazgo, por cláusula que escluye á las mugeres y llama al varon mas propincuo. Quisiera pagarle el amor que me tuvo y consolar su hermana, haciéndola esposa vuestra: su hermosura y mi gusto pienso que os dispondrán á lo que os está tan bien. Ella y yo os esperamos; y cuanto mas os detuviéredes, mas sentiremos la falta suya y vuestra ausencia. El cielo os traiga con bien.= Málaga y abril 14 *de* 1626 *años.=Vuestra madre, doña Ana de Zúñiga.*

ESCENA VI.

LAURA.—DON HERNANDO.

LAURA, *acabando de leer otra carta.*

Dios os prospere muchos años: Vinaroz y Marzo 29 *de* 1626.=*El Conde Pompeyo, vuestro tio.*

LAURA.
Don Hernando.
DON HERNANDO.
Laura mia.
LAURA.
¿Jardinero y con papeles?
DON HERNANDO.
El jardin, filosofia
de amor, en estos planteles
me da licion cada dia.
Letras estas flores son,

donde mi asistencia alcanza
paciencia en la dilacion,
en el temor esperanza,
y paz en la confusion.
Este jardin es mi escuela
donde cursando desvela
el miedo imaginaciones;
sus lazos son mis renglones,
y en sus cláusulas revela
misterios mi amor. Sus hojas
dan materia á mis cuidados,
encendidos con las rojas,
si moradas, aliviados.
Si leonadas son congojas,
ya con las verdes espero;
con las azules me abraso,
con las amarillas muero,
casto con las blancas paso,
y con las pardas me altero.
En las clicies me mejoro,
con las venus me enamoro,
presumo con los narcisos,
y hallando en todas avisos,
sufro, espero, temo y lloro.

LAURA.

Voluntad contemplativa
á sí misma se hará guerra.
Pero ¿cuya es la misiva?

DON HERNANDO.

Carta es, Laura, de mi tierra,
que quiere amor que reciba
cuando vos del mismo modo
leyendo salís, en muestra
de que con vos me acomodo;
pues siendo, en fin, sombra vuestra,
manda que os imite en todo.
Pero en esa, prenda mia,
segun mostrais alegria
repasando sus concetos,
os ponderarán discretos
al autor que los envia.
¿Mas que su ingenio aplaudís?

¿mas que á su dueño estimais?
¿mas que su amor admitís?
¿mas que por él me olvidais,
y á desdeñarme venís?

LAURA.

¿Mas que me habeis agraviado
en pedirme adelantado
los celos que estoy temiendo?
que no entra en casa riñendo
quien no se siente culpado.

DON HERNANDO.

Troquémoslas, pues.

LAURA.

En esta
mostrar lo que os amo puedo,
pues no ha de tener respuesta.
(*Truécanlas.*)

DON HERNANDO.

Y yo en esta; que aunque heredo
por ella, me es tan molesta
esa cláusula postrera,
que á trueco de no cumplilla,
por no perderos, perdiera
la corona de Castilla,
cuando la del mundo fuera.
(*Hernando lee recio y Laura para sí.*)

DON HERNANDO.

La perezosa tardanza de las galeras de Nápoles, sobrina y señora mia, me ha detenido en Valencia dos meses y medio: ya, gracias á Dios, estan en Vinaroz, y yo embarcado en su Almiranta. Llegó en ellas el conde Galeazo Malatesta, primogénito de vuestro opositor, y violento conde de vuestra Valencia del Pó: visitóme, dándome parte de sus deseos, que son reducir á paces amorosas pleitos prolijos. Su presencia, edad, discrecion y cortesia, ademas de ser vos prima hermana suya, si he de hablar desapasionadamente, le hacen mas merecedor de esposo, que de litigante vuestro. Propongo mi parecer; pero subordinado á la discreta eleccion de vuestra prudencia. Él parte á veros con merecidas esperanzas, y yo á mi gobierno: el cielo, sobrina mia, os me deje

ver sin pleitos y con sosiego en vuestro estado; que si tomais mi consejo y es Galeazo vuestro esposo, no tardará mucho, &c.=El Conde Pompeyo, vuestro tio.

LAURA.

De aquí, Hernando, por la cuenta
plácemes podré sacar,
que envidiosa os llegue á dar,
de esta esposa, y de esta renta.
Vuestra madre cuerda os llama;
ya os espera vuestra prima;
el mayorazgo es de estima,
y obligatoria la dama,
por ser hermana del muerto:
madre la casamentera,
vos su deudo, y yo estrangera,
aceptareis el concierto.
Goceisos, señor, mil años.

DON HERNANDO.

Para matarme, uno sobra.
Poned vos, Laura, por obra
consejos, cuando no engaños,
de Pompeyo, vuestro tio,
pues ya vuestro primo viene;
que quien tal padrino tiene,
vencerá el derecho mio.
Pleitos que son embarazo
de la hacienda y la quietud,
atajarlos es virtud,
y mas siendo Galeazo
mozo gallardo, leido,
ilustre, discreto, amante,
vos su sangre; yo ignorante,
desdichado y presumido.
Que quien jardines cultiva
donde malogra sudores
en yerbas que aunque dan flores,
de fruto el tiempo las priva,
cuando en esteril tributo
pague desvelos de amor,
llorará esperanza, flor
que nunca llegó á dar fruto.

¡Qué mal el gozo se esconde
que el corazon manifiesta!

ESCENA VII.

UN CRIADO.—LAURA. DON HERNANDO.

CRIADO.

Galeazo Malatesta,
señora, á quien llama conde
la gente que le acompaña,
entra á hablaros. (*Vase.*)

DON HERNANDO.

Caminó
con alas que amor le dió,
y si vuela, no se engaña.
Él mismo seria el correo
de esa carta precursora.

LAURA.

Retírate, Hernando, agora;
que pues con celos te veo,
ya te confirmo en mi amante;
que los comprara, te juro,
por abonarte seguro,
temerosa no há un instante.
No receles: vuelve á verme;
que yo le despediré
brevemente.

DON HERNANDO.

Pues ¿podré,
hermosa Laura, atreverme
á ausentarme, si esperiencia
tengo que ausencia y muger...?

LAURA.

De un rato ¿qué hay que temer?

DON HERNANDO.

Mucho; que, en fin, es ausencia.

LAURA.

Pues estáte aquí.

DON HERNANDO.

Sí haré;
que hermosura combatida,
á poca distancia olvida,
y apetece lo que vé.

ESCENA VIII.

TOMASA, *de conde, á lo gracioso; como criados suyos* EL CONDE *y* PETRONILA.—LAURA. DON HERNANDO.

TOMASA.

Selencia sea bien llegada,
mande cubrirse selencia;
que ya mi-lencia lo está.
Echóme el conde á galeras,
mi padre, porque llegase
á casarme con la priesa
que requiere esa hermosura,
porque es muy linda selencia.
De Génova me sacó
la capitana ó sargenta....
¿Fué sargenta ó capitana?
Hola, don Gomez, ¿cuál era?

DOÑA PETRONILA.

Sosiéguese vuesiría;
que está turbado.

TOMASA.

Me prueba
la tierra; pero ya caigo:
(tengo la memoria tierna)
vine en una Galeaza,
que seria mi parienta
por lo *Galeazo*, en fin,
y pasando el golfo en ella,
comimos muy mal bizcocho.
Yo le prometo á selencia
que en esto del bizcochar,
son malas monjas galeras.
Desembarqué en Vino-arroz.

DOÑA PETRONILA.

Vinaroz se llama.

TOMASA.

Bestia,
Vinaroz ó Bindarraez:
¿qué importa mudar dos letras?
Tomamos postas allí;
que fue la invencion mas fiera....
Selencia ¿ha corrido postas?

CONDE.

(*Habla aparte con doña Petronila.*)
Don Gomez, ¿mas que nos echa
á perder este ignorante?

DOÑA PETRONILA.

Dejalde decir simplezas;
que todo esto importa al caso:
vos vereis lo que aprovecha.

LAURA, *aparte.*

¿Qué conde ó qué bernardina
es este, cielos?

DON HERNANDO, *aparte.*

Ya alegran
desmayos mis esperanzas,
casi con recelos muertas.
¡Discreto competidor
nos viene!

TOMASA.

Cincuenta leguas
en tres dias y á la posta,
postillas á posta engendran
en las partes posteriores,
que unas con otras apuestan
á hacer pistos ó ser pastas,
segun blandas se me apestan.
En fin, ambos acerillos,
si no papandujas, brevas,
anoche al cantar los gallos,
llegaron cual digan dueñas;
y yo con la intercesion
del buen tio de selencia,
que se embarcó en mi lugar,
y con cartas me encomienda

á selencia, madrugué (1)
esta tarde; y no viniera
en verdad hasta mañana,
á no soñar en selencia;
porque las ya dichas postas
pienso que anuncian viruelas,
y estan malas hácia abajo,
con llamarme Malatesta.

LAURA.

Hiciera vueseñoría
una cosa muy discreta
en tardarse allá dos años....
Digo, dos dias. (*Aparte.* Me pega
el mal de sus necedades,
y por necio, le hablo necia.
No sé lo que le responda.)

TOMASA.

Mis baules, que ya llegan,
á selencia le darán
dos celemines de perlas,
medidas por estas manos.

LAURA.

La medida es como vuestra,
señor conde.

TOMASA.

Y pienso yo
que si se miran y piensan,
darán mucho que pensar
á pensamientos.

LAURA, *aparte.*

¡Qué bestia!
¡Piensos todo y celemines!
¡Miren con quien me desea
casar el conde mi tio!
¡En verdad que salen ciertas
las partes de que le abona:
discrecion, cara y presencia!
Debió de ser ironia.

---

(1) *Madrugamos*, dice la primera edicion.

TOMASA.

Tráigola mas una piedra,
para todo mal de hijada
cosa admirable. Selencia
¿es tocada de este achaque?

CONDE.

(*Aparte con doña Petronila.*)
Don Gomez, vuestra condesa
está con razon corrida,
y puesto que os mira tierna,
señal de lo bien que os quiere,
siento mucho el ofendella.
Saquemos de aquí este loco.

DOÑA PETRONILA.

Callad, conde, y no os dé pena.

TOMASA.

(*A don Hernando.*)
¿Sois vos el que legumbriza
lo crítico de esta huerta?

DON HERNANDO.

Yo su jardinero soy.

TOMASA.

¿Hay noria?

DON HERNANDO.

Sin macho en ella;
mas ya no nos hace falta.

TOMASA.

Pues mirad: aunque mas vueltas
deis al rededor vos y él,
sabed que tengo esperiencia
que es necedad, porque saca
agua que para otros riega,
y él á escuras y sediento,
acaba donde comienza.
No seais macho, no seais macho.
Cogedme unas berengenas;
que en Italia no se comen,
y vengo muerto por ellas:
daréiselas á este page.
(*Señalando á doña Petronila.*)
Miralde bien, y haced cuenta
que es mi page, y que mi page

basta que mi page sea.

LAURA, *aparte.*

Este hombre es loco, señores.

ESCENA IX.

MANSILLA.— DICHOS.

MANSILLA.

El marques Octavio espera
que vueselencia le dé
lugar para entrar á verla.

TOMASA, *aparte.*

¡Ah traidor! ya te cogí.

(*A Mansilla.*)

Esperaos: hola. Selencia

(*A Laura.*)

¿tiene este hombre en su servicio?

LAURA.

A casa acude.

TOMASA.

Pues venga
muchas veces á la mia.
Tomad aquesta cadena;

(*Dásela.*)

que os la doy porque sois cosa
de selencia la condesa.

MANSILLA.

Y déme á mí á pies juntillas
vuesiría, vuesa alteza,
celsitud, paternidad,
tú, vos, él, ó reverencia,
el par sin par de esas patas.

TOMASA.

¿Llamaisos?

MANSILLA.

Mansilla.

TOMASA.

Oveja
golosa, y mansa, Mansilla,

mama á su madre y la agena.
Algo me oleis á mamon.
Idme á ver cuando anochezca;
y vos, jardinero hermano,
siempre que mi page os vea,
dalde gusto y regalalde,
y corra esto por mi cuenta;
y pues la aguardan visitas,
quédese con Dios selencia;
que yo la veré mañana,
ó esotro, ó cuando Dios quiera.
(*Vanse doña Petronila, el conde y Tomasa.*)

ESCENA X.

—

DON HERNANDO. LAURA. MANSILLA.

LAURA.
¿Qué os parece el desposado,
Hernando?

DON HERNANDO, *con ironía.*
Que en competencia
de tal gracia y discrecion,
ya los celos me hacen guerra.

LAURA.
¡No me la hicieran á mí
mas los que de vuestra tierra,
con mayorazgos y primas,
os sacan de mi obediencia!

DON HERNANDO.
El alma sí, mi amor no.
Id, que el marques os espera,
y ojalá, condesa mia,
que como el conde os parezca.
(*Vase Laura.*)

ESCENA XI.

MANSILLA. DON HERNANDO.

MANSILLA.

¿Conde es este?

DON HERNANDO.

Y condenado.

MANSILLA.

Dirás á bobuna eterna.

DON HERNANDO.

¿En qué lo echaste de ver?

MANSILLA.

En que me dió la cadena.



ACTO TERCERO.

ESCENA I.

DOÑA PETRONILA, *de hombre.* LAURA.

DOÑA PETRONILA.
Que os engañais os prometo.
LAURA.
No me persuadais á mí,
contra lo que escuché y ví,
que es vuestro conde discreto.
DOÑA PETRONILA.
Milagros de esa hermosura
¿á quién no han de hacer turbar?
LAURA.
Ni de mí osaré fiar,
don Gomez, esa ventura,
ni amor, que al principio empieza
á acreditarse turbado,
(porque en todo enamorado
la repentina belleza
reduce á la vista el alma)
despues que vuelve advertido
á su lugar el sentido
que estaba, viéndola, en calma,
deja cuerdo de enmendar
la primera turbacion;
que amor, todo discrecion,
sabe ver y sabe hablar.
Mas vuestro conde, en desprecio
de quien ya le estima en poco,
entró á visitarme, loco,
y salió de verme, necio.
DOÑA PETRONILA.
Los que en su casa asistimos,

y con él comunicamos,
su discrecion admiramos,
y su donaire aplaudimos.
Ni su padre os le enviara,
ni Pompeyo intercediera
á que vuestro esposo fuera,
si, como decís, le hallara
sin partes para agradaros,
y amor para pretenderos.
Turbóse llegando á veros,
ocupóse en contemplaros,
y como el alma dirige
la lengua, y esta olvidó
su accion vital cuando os vió,
¿qué mucho, si no la rige
quien la fia sus concetos,
que en ellos hiciese pausa,
y mientras duró la causa,
le turbasen sus efetos?
Él volverá sobre sí
la segunda vez que os vea.

LAURA.

¡Plegue á Dios que tarde sea!

DOÑA PETRONILA.

Algo teneis vos aquí
que os duele mas, mi señora,
que el conde.

LAURA.

Examinador,
por lo rapaz, hablador,
¿quién os mete en eso?

DOÑA PETRONILA.

Adora
quien sirve, lo que su dueño,
y como tiran sus gages
sus gentil-hombres y pages,
estoy en el mismo empeño
que el señor, que os quiere bien,
y en fé que en celos se abrasa,
los que estamos en su casa
tenemos celos tambien.
Pero, pues os doy enfado,

voime. A Dios.

LAURA.

Volved acá.

DOÑA PETRONILA.

Si el conde en desgracia está
con vos, y soy su criado,
participaré desvelos
de su vana pretension.

LAURA.

Si por participacion
teneis voluntad y celos,
bien me debeis de querer.

DOÑA PETRONILA.

Amor en los semejantes
es mal de participantes.
¡Pudiera yo merecer
igualaros!

LAURA.

¿Hay tal page?

DOÑA PETRONILA.

Tuviera yo calidad
digna de vuestra beldad
en hacienda y en linage;
que entonces.... No digo nada.—
A Dios; que me vuelvo loco.

LAURA.

No os vais: esperaos un poco.

DOÑA PETRONILA.

Quien de mi señor se enfada,
no es razon, siéndole fiel,
que en desprecio de los dos,
me detenga.

LAURA.

Trocad vos
talle y ingenio con él,
y podrá ser que le estime.

DOÑA PETRONILA.

Pues ¿qué le falta á mi dueño?

LAURA.

Lo que á la imágen de un leño:
espíritu que le anime.
Si á vuestro cargo se toma

su amor, en él os mudad,
y vereis mi voluntad.

DOÑA PETRONILA.

Bien se está San Pedro en Roma.

LAURA.

Pues si vos que le servís,
y tan fiel os le mostrais,
aun de palabra dudais
el trueco que resistís,
¿por qué me culpais de ingrata,
cuando audiencia no le doy,
ni le amo, siendo quien soy,
y vos quien le asiste y trata?

DOÑA PETRONILA.

Ahora bien; dadme licencia
de que me transforme en él,
y represente el papel
del dicho conde en su ausencia;
vereis la mucha razon
que me obliga á no trocar
sugetos que han de aumentar
los grados de su pasion.

LAURA.

Vaya; que gusto de oiros,
y el sitio alegre convida
á burlas con que despida
soledades y suspiros.

DOÑA PETRONILA.

¿Ya soy el conde, en efeto?

LAURA.

Por tal el talle os abona;
que aunque en tercera persona,
deseo verle discreto.

DOÑA PETRONILA.

(*Como que llega, con el sombrero en la mano.*)
Vaya, pues.—Pleitos parientes,
por serlo, mas peligrosos,
prima y señora, amorosos,
á atajar inconvenientes,
de Milan me traen á España,
de mi padre persuadido
que amor, que tercero ha sido

de quien con él se acompaña,
pudiera facilitarlos,
á no llegar á impedirlos
celos, que antes de admitirlos,
me ocasionan á llorarlos.
Temeroso del marques
Octavio, mi opositor,
y el enemigo mayor
de mi padre, la causa es
de venir disimulado
en el trage que me esconde,
y que el verdadero conde
del fingido sea criado.
De mí mismo presumido,
tan gallardo me fingí,
que en viéndoos, me prometí
ser luego de vos querido,
y que vuestra libertad,
de ninguno conquistada,
para mí solo guardada,
me rindiera su beldad.
Mas como en Madrid amor,
universal mercader,
todo es comprar y vender,
siendo el gusto corredor;
viendo lo que el vuestro precia
disfraces, sé, Laura hermosa,
que no hay hermosura ociosa,
ni presuncion sin ser necia.
No es el amante primero
que cuadros y engaños traza
quien esperanzas disfraza
en sombras de jardinero;
pero tampoco serán
estas las primeras flores
que á engaños lisonjeadores
ocasion y amparo dan.
Fácil mostraros pudiera,
si secretos revelara,
dama que os desengañara,
y á olvidos os persuadiera;
que en la casa donde vivo

llora cierta doña Ines
de un don Hernando Cortés
traiciones, que os apercibo
para que os den escarmientos;
pues en Málaga engañada,
cuando adquirida olvidada,
á ejecutar juramentos
viene de quien incapaz
del bien que el amor encierra,
huyó á Italia, y por la guerra
trocó promesas de paz.
Petronila hay en Sevilla,
que de su honor acreedora,
los mismos engaños llora;
puesto que con escribilla
que con ella ha de casarse,
en añadiendo á su hacienda
la cruz que espera encomienda,
puede ausente consolarse.
Hablen cartas; que estas dos
(*Dale una.*)
de Italia á su madre escritas,
aunque son quebradas ditas,
serán desengaño en vos.
Esta escribió de Madrid,
(*Dale la otra.*)
recien llegado: leeldas.
Si estais celosa, rompeldas;
pero si cuerda, advertid
quien sois y en lo que os estima
quien aunque con vos pleitea,
no ya por dueño os desea,
pero os guarda como á prima,
y ha de vengar vuestro agravio,
cuando á Valencia del Pó
me quiten; que pienso yo,
si sabe el marques Octavio
(que sí sabrá, pues á hablarle
voy, puesto que os favorece)
que os ama quien no os merece,
que en mi favor he de hallarle.
Él hará que la sentencia

que esperais salga por mí;
mas pues á vos os perdí,
¿qué importa pierda á Valencia?
Gozad vuestro disfrazado,
que siembra afrentas en flores,
y haced á un hombre favores
con dos mugeres casado;
que con volverme á Milan,
y avisar á vuestro tio
vuestro amante desvarío,
justas disculpas tendrán
desprecios que solo en vos
malograron mi esperanza.
Mas vos me dareis venganza.—
Postas, hola.—Prima, á Dios.
(*Quiere irse.*)

LAURA.

Espera, escucha.—¿Hay quimeras
semejantes?—Primo, conde,
don Gomez, oye y responde
si estas son burlas ó veras.
Tan á lo vivo te enojas,
de tal modo persüades,
que con mentiras verdades,
si me alegras, me congojas.
Secretos me has revelado
que si mi primo no fueras,
nunca saberlos pudieras.
¿Quién eres, ó quién te ha dado
tan larga cuenta de mí?
¿qué deseos hechiceros,
entre engaños jardineros,
te hicieron curioso ansí?
Si desde Milan veniste,
¿cómo á Málaga llegaste?
¿Qué oráculos consultaste,
que de Sevilla supiste
los agravios que imaginas,
los celos con que me ofendes,
las penas con que me enciendes
con Ineses y sobrinas?
¿Quién en la corte tan presto

te enseñó esa doña Ines?
De don Hernando Cortés
¿quién te ha informado? ¿Qué es esto,
cielos? No puedo negarte
ser esta su firma y letra;
pero quien tanto penetra,
ó se aprovecha del arte
ilícita, ó mi rigor
amante intenta vencer,
porque solo puede hacer
tanta diligencia amor.
¿Eres el conde mi primo?
Sí dices, pues estás mudo.
Ya me alegra lo que dudo;
por tal tu presencia estimo;
tu talle me desengaña,
tu gentileza me obliga;
basta que el alma lo diga.
Quien vino por verme á España,
quien averiguó discreto
traiciones que disfrazadas,
fueron hasta aquí estimadas,
y ya aborrecer prometo,
digno es de correspondencia
igual. Don Hernando, en fin,
lo que sembró en el jardin
cogerá: tenga paciencia,
si cauteloso y astuto,
le ofenden mis desengaños;
que bien es quien siembra engaños,
que en desprecios coja el fruto.
Sácame ya de estas dudas.
Dime si mi primo eres.

DOÑA PETRONILA.

Seré lo que tú quisieres,
si en amor desdenes mudas.
Yo soy el conde Galeazo,
que en tu vista me deleito.

LAURA.

Pues, conde, acabóse el pleito:
la sentencia es este abrazo.

(*Abrázale.*)

El don Hernando Cortés
murió. No puede igualarte.

DOÑA PETRONILA.

Pues hoy ha de visitarte
su ofendida doña Ines,
para que presente veas
quien ausente desatina.
Y la andaluza sobrina
tambien, si hablarla deseas,
está en la corte.

LAURA.

¿Qué dices?

DOÑA PETRONILA.

Esta tarde la verás.

LAURA.

A tí te quiero y no mas.

DOÑA PETRONILA.

Penas han sido felices
las que he pasado hasta aquí,
pues ansí lealtades pagas.

LAURA.

Porque desde hoy satisfagas
agravios, haz prueba en mí
de lo mucho que te quiero.

DOÑA PETRONILA.

El jardinero nos mira.

LAURA.

Pues un rato te retira;
que yo le haré al jardinero
que no engañe sencilleces
estrangeras.

DOÑA PETRONILA.

Voime, pues.

LAURA.

¿Volverás?

DOÑA PETRONILA.

Con doña Ines.

LAURA.

¿Y sin ella?

DOÑA PETRONILA.

Muchas veces. (*Vase.*)

ESCENA II.

DON HERNANDO.—LAURA.

DON HERNANDO.

Dilaciones, mi condesa,
que esperanzas marchitando....

LAURA.

Basta, basta, don Hernando:
de conoceros me pesa.
Estos papeles mirad,
(*Dáselos.*)
y obligaciones cumplid;
que aunque es confusion Madrid,
tiene mucha claridad
su cielo, con que da luz
á engaños y deslealtades.
Empeños y voluntades,
caballero y andaluz,
no son pleitos de acreedores
que se dejan á herederos;
basta que deban dineros
y no paguen los señores,
sin que deban la opinion
engañada por sencilla.
En Málaga y en Sevilla
(será en su Contratacion)
teneis vuestros intereses,
y es bien los correspondais,
si mercader no quebrais
con Petronilas y Ineses,
cuyas esperanzas secas,
aunque aquí las cultiveis,
se quejan de que las deis
engaños por hipotecas.
Mirad que se cumple el plazo
que á estas deudas corresponde,
y que está en Madrid un conde
que es mi primo y es Galeazo,

y llevará mal el veros
aquí desluciendo oficios;
que dicen mal artificios
que suelen dejar dineros.
Escoged entre las dos
la mas hermosa, y salid
de esta huerta y de Madrid,
ó haréos yo salir. A Dios. (*Vase.*)

ESCENA III.

—

DON HERNANDO.

¿Qué es esto, Laura? ¿Qué es esto,
condesa, señora mia?
¡El pesar del alegria
tan cerca, cielos, tan presto!
Mas quien su esperanza ha puesto
en yerbas que no dan fruto,
¿qué mucho cobre tributo
en flor que facil se pierde,
viva á la mañana y verde,
muerta á la noche y con luto?
¿Qué Ineses, si ya casada
la que adoré, me dejó?
¿Qué Petronilas, si yo,
Laura, el alma os tengo dada?
Dióme en Sevilla posada
mi prima; mas si no ví
su hija, ¿en qué la ofendí?
¿Es la voluntad moneda
con que paga el que se hospeda
regalos? Direis que sí.
Mios los papeles son,
con que Laura me lastima:
escribiólos á mi prima
no mi amor, mi obligacion.
Rigurosa ejecucion,
¿en palabras haces prenda?
Trueque amor, contrate y venda

si al interés se avasalla;
mas no me obligue á compralla,
ausente y sin ver, la hacienda.
¿Quién os pudo á Laura dar,
papeles, mis enemigos?
¿quién en la corte testigos
os hizo de mi pesar?
Celos por averiguar
infiernos son, que no celos:
ó moriré, ó sacarélos
en limpio y sabré mis daños:
que mas valen desengaños,
que morir entre recelos.
(*Quiere írse, y le detiene doña Petronila al salir.*)

ESCENA IV.

DOÑA PETRONILA, *de hombre.*—DON HERNAANDO.

DOÑA PETRONILA.

Don Hernando, cierta dama
que en casa del conde vive,
y este papel os escribe,
sobrina vuestra se llama.
(*Dale un papel.*)
No sé yo como ha sabido
que aquí vivís disfrazado:
amor, que es todo cuidado,
vuestro fiscal habrá sido.
Velda; que corre su honor
riesgo agora manifiesto,
y por lo que os toca en esto,
debeis hacerla favor.
La calle de la Gorguera,
enfrente San Sebastian,
buscad; que en ella os dirán
su casa, y ved que os espera;
pues si, como dice, es
sobrina vuestra, y no vais,
aunque Cortés os llamais,
no os tendremos por cortés. (*Vase.*)

ESCENA V.

DON HERNANDO.

Alto, á ejecutar papeles
que á su madre la escribí,
mis penas la traen aquí,
ya con celos, mas crüeles.
Habrále á Laura vendido
quimeras y obligaciones,
que en sus imaginaciones
engendran desden y olvido.
Mas ¡á Madrid de Sevilla
una muger principal,
sin verme, haciendo caudal
solamente de escribilla!
¡Y en casa del conde! ¡Cielos!
¿Tan presto se han conocido?
Pero si el conde ha sabido
mi disfraz y tiene celos,
no es mucho, amor, que procures
que mi esperanza destrocen;
que en viéndose se conocen
los celosos y tahures.
Sepamos qué determina
de mí, ó qué puede quererme
quien me ejecuta sin verme.
¡Válgate Dios por sobrina!
(Lee.) *La tempestad y inclemencia*
del cielo, en la patria mia
hacienda y madre en un dia
me quitó, no la paciencia.
Solo tengo por herencia
palabras que por escrito
en vuestra sangre acredito;
mas podréisme responder
que del decir al hacer,
don Hernando, hay infinito.
No os quiero yo limitar

gustos que hacen disfrazaros;
solo con veros y hablaros
penas pretendo aliviar.
Mucho tenemos que hablar,
y mucho mas de vos fio.
Duélaos el destierro mio;
y vedme, que es importante,
si no quereis como amante,
á lo menos como tio.
¡Bien mi dicha se restaura
con sobrina sin hacienda,
que desterrada pretenda
hacer competencia á Laura!
¡Y bien á su amor me obliga,
solicitando rigores
de quien esperanzas flores
con menosprecio castiga!
Con Laura me ha descompuesto
doña Petronila, en fin;
su desden secó el jardin
que mi amor habia dispuesto.
Bien podré satisfacerla,
aunque renuncie disfraces,
(que celos paran en paces)
y mas haciendo que á verla
vaya su competidora;
mas ¿cómo podré despues,
celosa de doña Ines,
siempre mi perseguidora,
desmentir tantas sospechas?
ó ¿cómo pudo saber
mi Laura de esta muger,
y de memorias deshechas
fabricar enojos tales?
Mas tambien habrá venido
á Madrid, porque el sentido
me quiten juntos mis males.
Dejemos transformaciones
que tan mal se me han logrado,
y ya mi amor declarado
aliente sus pretensiones.
Veamos esta sobrina.

que solicita mis daños;
pagaréla en desengaños
el mal que á hacerme se inclina,
y á Laura reduciré
á que averiguando enojos,
vuelva mi paz á sus ojos;
que si me ama, bien podré.
A Mansilla buscar quiero
para mudar de vestido.—
Esta vez no habeis salido,
amor, diestro jardinero. (*Vase.*)

Campo con vista esterior de la huerta, fuentes y un lavadero.

ESCENA VI.

TOMASA, *de labradora, rebozada con la toca.* MANSILLA.

TOMASA.

Déjeme lavar mi ropa,
le digo, y hágase allá.

MANSILLA.

Vuelve la fachada acá,
y no mires por la popa;
advierte que me destilas
el alma y el corazon.
¡Bien haya quien el jabon
hizo, y inventó las pilas!
Bendito sea el regidor,
que entre floridos matices,
condujo jabonatrices
para que se lave amor.
Ni sus salas ni planteles,
cuadros, estátuas, pinturas,
grutescos, arquitecturas,
rejas, balcones, canceles,
se igualan á la invencion
que en tanta pila dilata

brazos fregones de plata
entre ninfas de vellon.
¡No me hiciera á mí poeta
el Dios rubio, todo cara!
Panegíricos cantara
á la invencion arquiteta
de Juan Fernandez, que aquí,
refugio de mantellinas, (1)
labró pilas cristalinas.
Vive Dios, que cuando ví
gorronas en letanía,
pilones en procesion,
sudando espuma el jabon
entre súcia trapería,
que á fuer de disciplinantes,
con los golpazos que daban,
la pobre ropa llagaban,
y á tí entre tus semejantes
cerniendo jabonaduras,
y amasando camisones,
que dije: «si aquí te pones,
amor, no andarás á oscuras;
que dando ojos por despojos,
aquí por lavar áprisa,
la mas flamante camisa
sale, rota, un Argos de ojos.»
Ea, destapa la boca,
brilladora lavatriz;
no se atreva á la nariz
la descomedida toca:
mira que me estás torciendo
el alma como pañal.

TOMASA.

No lo sabe decir mal
el lacayazo.

MANSILLA.

Ya entiendo:
turron quieres.

---

(1) Lo mismo que fregonas: criadillas.

TOMASA.

El picaño
debe soñarse en la aldea,
huésped de una chimenea,
y adúltero de un escaño.

MANSILLA.

¡Zape! Astróloga acusanta,
¿quién de escaños te informó?
que si la espetera no,
por Dios que eres nigromanta.
¿Quién el soplo vivo fue
de este caso?

TOMASA.

La noticia
que tiene de él la justicia,
á quien aviso daré
de que siendo un ganapan,
con alquilados vestidos
y cuentos no sucedidos,
se vende por capitan,
y labradoras engaña
con plumitas y sombrero.
Todo se sabe, chancero;
parientes tengo en Ocaña.
Tras él vino con su padre
la del escaño; y en otro
cantará, que llaman *potro*,
á las tres ánades madre,
(si nones decir espera)
el que de una cuchillada
sabe dar tal cabezada,
que hilvana toda una hilera.
Pues, míreme aquesta cara.

(*Destápase.*)

MANSILLA.

¡Tomasa del alma mia!
¿tú en Madrid?

TOMASA.

¿Pues qué queria?
¿que la gineta aguardara,
que en almohaza ha trocado?
Aquí en busca suya estoy.

MANSILLA.

Los brazos y alma te doy.
¿Quién tan presto te ha enseñado
á hablar sacudidamente?

TOMASA.

Pues yo ¿cuándo muda he sido?

MANSILLA.

Muger muda no la ha habido;
mas labradora inocente
¡en Madrid (1) deja su casa,
y fullera jaboniza!

TOMASA.

Ansí el amor se desliza.
Quedando cual vió, Tomasa,
y sabiendo padre el caso,
¿qué tenia que esperar?
Sirvo en aqueste lugar
á una dama, toda raso,
y no ha de verme mi aldea
mientras que no desengaño....

MANSILLA.

Querrás decir al escaño,
y madrina chimenea.

TOMASA.

Que vuelvo con mi marido.

MANSILLA.

Si quieres, presto será.
¿Dónde vives?

TOMASA.

Cerca está,
aunque el sitio es escondido.
Yo me le sabré buscar
cuando le haya menester;
que agora no puede ser.

MANSILLA.

¿Pues por qué?

TOMASA.

Es nunca acabar.
No me ronde lavanderas,
ni pilas atisbe, ¿entiende?

(1) Por Madrid.

si es que anochecer pretende
con las costillas enteras;
sino por aquí se esté;
sabrá despues lo que pasa.

MANSILLA.

¿Qué garatusas, Tomasa,
son estas?

TOMASA.

Se las diré
cuando importe.

ESCENA VII.

UN CRIADO.—TOMASA. MANSILLA.

CRIADO.

Don Hernando
en la posada os espera.

MANSILLA.

¿Tenemos nueva quimera?

CRIADO.

Sayales va renunciando,
y viste á lo caballero.

MANSILLA.

Celuchos deben de ser.
(*A Tomasa.*)
¿Me vendrás mañana á ver?

TOMASA.

A las dos.

MANSILLA.

Mucho te quiero;
pero viendo que tu casa
me ocultas, celos me das.
Niña, en un lugar estás
donde por todo se pasa;
no pase todo por tí.

TOMASA.

Ni por él, dándome enojos.
Ponga dïeta en los ojos,
ó acordaráse de mí. (*Vanse.*)

Habitacion del Conde.

ESCENA VIII.

DOÑA PETRONILA, *de muger y tapada con el manto.* EL CONDE.

DOÑA PETRONILA.

Ya sabrá vueseñoría
quien soy.

CONDE.

Aunque no me atrevo
á pedir que os descubrais,
en fé que no lo merezco,
ya, mi señora, me ha dicho
obligaciones y empleos
don Gomez, que me aseguran
de competencias y celos.
Sé que doña Petronila
sois, con prendas de por medio
que obligan á que os adore
quien os confiesa por dueño.
Pidióme que os aguardase
aquí; que como le tengo
por tan mi amigo, se ocupa
en dar traza á mis remedios.
Si por serlo suyo yo,
agora obligaros puedo
á que despojando estorbos,
ya que os hablo, pueda veros,
la misma seguridad
y llaneza en mí os ofrezco,
que en don Gomez, vuestro amante;
pero si no gustais de esto,
no pretendo yo enojaros.

DOÑA PETRONILA.

Vuestro término discreto,

mas tiene fuerza de leyes,
conde ilustre, que de ruegos;
mas hoy no puedo serviros:
deslucen mucho desvelos,
y cáusamelos don Gomez.
Con tantos divertimientos
desacreditó su gusto;
y si el rostro agora os muestro,
juzgaréisele estragado;
que no vengo de provecho.
Otro dia os serviré.

CONDE.

Yo, mi señora, os prometo
que si por la muestra saco
lo que me encubre ese velo,
que á don Gomez tengo envidia,
porque el donaire y despejo,
la discrecion y el agrado
que apoyan lo que no veo,
es tal....

DOÑA PETRONILA.

Basta, señor conde.
(*Muestra una mano sin guante.*)

CONDE.

Esa mano que respeto,
por lo grave y por lo hermoso,
proporcionado instrumento
de la cara que adivino,
asegura los recelos
que fingís, porque el criado
nunca se aventaja al dueño.
¿Habia naturaleza,
sábia siempre en sus efetos,
de deshermanar la cara
de tan bella mano y cuerpo?
No, señora, no es posible.
Perdonadme si os desmiento;
que un mentís en tales casos,
servicio es mas que desprecio.

DOÑA PETRONILA.

Yo le estimo por favor,
y ¡ ojalá me hiciera el cielo

como vos me imaginais,
pincel vuestro pensamiento!
Compitiera mas segura
con la condesa, á quien temo
las ventajas que la envidio,
y gracias que la concedo.
Solo en la desigualdad
de su amor culparla puedo;
pues condesas y estudiantes
desproporcionan sugetos.
¿Cuánto mejor le estuvieran,
á no pintarse amor ciego,
las prendas que en vos ignora:
conde, galan y su deudo?
Las mugeres, en fin, somos
esfera de los defetos;
como tales elegimos
gustos, no merecimientos.
¡Plegue á Dios que mienta yo,
y que don Gomez, tercero,
tan cerca de los peligros,
no venga á anegarse en ellos!

CONDE.

En esa parte, señora,
perdonadme; que le precio
mas que vos, pues de él confio
lo que en vos dudoso veo.

DOÑA PETRONILA.

Estoy celosa.

CONDE.

Yo y todo;
mas hay dos suertes de celos,
unos nobles y otros no;
y si de Laura los tengo,
en don Gomez los alivio.
Español y caballero,
sabio por la profesion,
y por la esperiencia cuerdo,
ni faltará á mi amistad,
ni despreciará el empeño
con que amor os eslabona,
de los dos hermoso engerto.

DOÑA PETRONILA.

¿Luego díjoos....?

CONDE.

Ya me ha dicho
que es visagra un ángel tierno
de vuestras dos voluntades;
que entre él y mí no hay secretos.

ESCENA IX.

—

ROBERTO.—DOÑA PETRONILA. EL CONDE.

ROBERTO.

(*Aparte al Conde.*)
Vargas me envia á avisar
á vueseñoría que luego
se llegue á la huerta dicha
de Juan Fernandez; que el pleito
salió ya en favor de Laura,
y hay muchas cosas de nuevo
que en el de vueseñoría
nuestro don Gomez ha hecho.

CONDE.

¡Válgame Dios!—Perdonadme,
señora, si agora os dejo;
que en vuestra casa quedais,
mientras con don Gomez vuelvo.

DOÑA PETRONILA.

Ruego á Dios, conde y señor,
que de un próspero suceso
vengan á pedirme albricias,
por la parte que en él tengo.

CONDE.

A Dios.

DOÑA PETRONILA.

Señor, advertid
que aguardo.

CONDE.

Luego volvemos

don Gomez y yo. Quedaos
con esta dama, Roberto. (*Vase.*)

ESCENA X.

DOÑA PETRONILA. ROBERTO.

DOÑA PETRONILA.

Hacedme merced, hidalgo,
de llamarme un caballero,
que es mi tio, y en mi busca
llegará á lo que sospecho,
(si no ha llegado) á esta casa.

ROBERTO.

Que me place.

DOÑA PETRONILA.

Y en viniendo,
no dejeis entrar á nadie;
que importa hablarle en secreto.

ROBERTO.

En todo sereis servida. (*Vase.*)

DOÑA PETRONILA.

Amor siempre invencionero,
quimeras todo y embustes,
¿qué fin han de tener estos?
(*Descúbrese.*)

ESCENA XI.

ROBERTO. DON HERNANDO, *de rua, con hábito de Santiago.*—DOÑA PETRONILA.

ROBERTO.

(*A la puerta.*)
Aquí está vuestra sobrina:
entrad, y seré portero,
porque ansí me lo ha mandado
la misma. (*Vase.*)

DON HERNANDO.

Guárdeos el cielo.

DOÑA PETRONILA.

¡Don Hernando de mis ojos!
Pues he merecido veros,
ya podré olvidar trabajos
que ocasionan mi destierro.
Aguardando estaba un coche,
(como veis, el manto puesto)
dudosa de que bastasen
papeles y parentescos
á sacaros de hortelano;
y á no venir, os prometo
que pensaba ir en persona,
tio, á haceros un mal tercio.
Habladme, dadme esos brazos;
que por amantes y deudos,
bien los puedo merecer
en albricias de que os veo.—
Parece que os estrañais
de hablarme.

DON HERNANDO.

Fuera yo necio,
si en tantas admiraciones
no me asombrara suspenso.
Vuestra hermosura y agrado
me enmudece, lo primero,
quejoso de que mi prima
tanto bien me haya encubierto.
Lo segundo el ver que aquí
muger de tantos respetos
y nobleza como vos,
se atreva desde tan lejos
á ejecutar cortesías,
que parando en cumplimientos,
fuera fácil descartarlos,
á no cautivarme el veros.
Lo tercero de que esteis,
no huéspeda, pero dueño
de esta casa, donde vive
un conde, y ese estrangero,
de ayer venido. Lo cuarto

que me conozcais tan presto,
sin haberme visto nunca.
Pudiera alegar, tras esto,
agravios no merecidos
con que me habeis descompuesto
con Laura, de cuyo amor
solos ya desdenes medro;
ademas (si no me engaño)
de que en vos la imágen veo
de un don Gomez que me trujo
esta tarde un papel vuestro.
Ved si hay causas de admirarme.

DOÑA PETRONILA.

Un algo nos parecemos
ese page y yo, es verdad;
mas eso, Hernando, no es nuevo.
Murió en Sevilla mi madre
en el rigor de este invierno,
á manos de aquel diluvio
que tantos pobres ha hecho.
Habíame prometido,
enseñándome los pliegos
que de Italia y de esta corte
la enviastes, que en honestos
lazos de amor os tendria
brevemente por mi dueño;
y deseábalo mucho,
obligándoos hasta en esto.
Estaba yo..... (perdonadme
si declaro pensamientos
que la vergüenza hasta agora
tuvo ocultos en mi pecho)
estaba yo enamorada
desde que una noche os vieron
curiosidades prohibidas
que engendraron mis deseos,
(puesto que á puerta cerrada)
por permisiones que el tiempo
supo abrir en sus molduras;
que aun en ellas hay cohechos.
Como os partístes á Italia
aquella tarde sin vernos,

y amor con la privacion
es lo mismo que con celos,
cuanto mas dificultoso
os consideré, dió aliento
á centellas que imposibles,
no pararon hasta incendios.
Sin vos, sin mí y sin mi madre,
vine en vuestro seguimiento
por lo mas, ya que perdí
la hacienda, que fué lo menos:
quiero decir, por el alma;
que ya que mis bienes pierdo,
aunque en ella halle mis males,
busca su consorte el cuerpo.
No faltaron en Madrid
Argos, Hernando, que os vieron
cohechar jardines y flores,
y al conde noticia dieron
de malicias, ya verdades,
que averiguando los celos,
para desmentir peligros,
pararon en embelecos.
Apeóse en mi posada
el dicho conde, y pudieron,
segun él finge, obligarle
mis ojos, que él llama cielos,
á divertirle de Laura;
y esto, Hernando, en tanto estremo,
que informado de quien soy,
en saliendo con un pleito
que importante aqui litiga,
con lícitos himeneos
me ofrece en Italia estados,
y en España pensamientos.
Puso casa, y en un cuarto
de ella dándome aposento,
si amante me solicita,
me honra como caballero.
Para burlarse de Laura,
hizo al page mas grosero
que la viese, falso conde:
ya os hallasteis al suceso.

Tio, mi padre me escribe
que con mas de cien mil pesos
viene á cubrir de diamantes
la cruz que os adorna el pecho.
Si pagais obligaciones,
cuando un conde menosprecio,
y con el nombre de esposo
gustais realzar el de deudo,
dejad pretensiones vanas;
porque os afirmo por cierto
que don Gomez, ese mozo,
á quien dicen me parezco,
tiene en Laura tanta parte,
(pues yo os afirmo, creeldo)
que hay quien ha visto que pasan
de los límites honestos.
Díjele cuanto os queria;
ofreció ser mi tercero;
dióme de sus dichas parte;
y para aliviar sus zelos,
vuestras cartas me pidió,
que á la condesa pudieron
persuadir á los engaños
que lloran vuestros desvelos.
Como en que Laura os olvide
tanto, mi Hernando, intereso,
tambien yo he solicitado
con ella sus menosprecios.
Obligaciones de tio,
promesas de caballero,
correspondencias de amante,
resoluciones de cuerdo,
os intimo; si admitís
la voluntad que os ofrezco,
ni yo lloraré desgracias,
ni vos sentireis desprecios.

DON HERNANDO.

Ahora, sobrina, estas cosas
piden dilacion al tiempo,
informacion á la fama,
y á la prudencia consejo:
tratarémoslas despacio.

Yo vendré á la noche á veros:
quedaos con Dios. (*Aparte.* Muerto voy
de agravios, de amor y celos.) (*Vase.*)

DOÑA PETRONILA.

Esto lleva ya camino.

(*Cúbrese.*)

ESCENA XII.

—

ROBERTO.—DOÑA PETRONILA.

ROBERTO.

Ya se fue aquel caballero.

DOÑA PETRONILA.

Y el conde se tarda mucho.
Yo tengo la casa lejos.
Sepa si volvió la silla
por mí.

ROBERTO.

Con un escudero,
pienso que os espera abajo.

DOÑA PETRONILA.

Pues diga el señor Roberto
al conde que me perdone;
que mañana le prometo
volverle á besar las manos;
y á don Gomez que le debo
el cuidado con que estuvo
aguardándome al encuentro
para acompañarme; que es
puntualísimo en estremo. (*Vanse.*)

Sala en la casa de la huerta.

ESCENA XIII.

TOMASA *con manto y de dama, muy bizarra.* LAURA, *en cuerpo.*

TOMASA.

Favorece vueselencia
mi humildad como quien es.

LAURA.

Vos, señora doña Ines,
en discrecion y en presencia
mereceis que don Hernando
os adore; y para mí,
quien de vos se olvida ansí,
otras bellezas buscando,
estragado tiene el gusto.

TOMASA.

Aunque peca de inconstante,
es Hernando vuestro amante,
y viéndoos, no fuera justo
que de amor no mejorara;
pues siendo conde con vos,
correspondidos los dos,
no es mucho que me olvidara.
Salistes con la sentencia,
que goceis por muchos años;
sacáronme mis engaños
de Málaga; y la inocencia,
que en las de mi profesion
se funda en recogimiento,
podrá servir de escarmiento,
si no de satisfaccion,
á quien como yo se deja
de palabras engañar.

LAURA.

Don Gomez me vino á dar
cuenta de la justa queja
que don Hernando Cortés
os causa; y tengo noticia
que su amor, todo malicia,
ha alcanzado, doña Ines,
de vos, lo que no se puede
restaurar no siendo esposo
vuestro.

TOMASA.

El amor engañoso
lo que no cumple concede.
A costa de mi vergüenza,
confieso lo que decís.

LAURA.

Si ese derecho adquirís,
la razon, doña Ines, venza;
que yo no he de ser muger
de quien ya para con Dios
está casado con vos:
ya de mí no hay que temer.
Galeazo Malatesta,
aunque oculto á verme vino,
engaños cuerdo previno
de quien ya mi amor molesta.
Es mi primo, y pues salí
en el pleito vencedora,
dándole la mano agora,
verá que hay valor en mí
para pleitear estados,
y amor para restaurar
pérdidas que han de premiar
sus amorosos cuidados.

TOMASA.

Sois vitoriosa y amante.

LAURA.

De mí, Ines, estad segura;
pero no de otra hermosura,
con la vuestra litigante,
que en Sevilla se dejó
engañar cual vos, y agora,

en Madrid competidora,
en tres cartas alegó
palabras que recopila,
y os ha de dar bien que hacer
por ellas. Es la muger
cierta doña Petronila,
su sobrina, y sevillana.

TOMASA.

Siendo primero acrêdor
en esas deudas mi amor,
la justicia tengo llana;
y un testigo de dos años
que traigo á Madrid conmigo.....

LAURA.

Ese es parte y es testigo
que sacará á luz engaños.
¿Es posible que se atreva
quien ansí se ve obligado,
al cielo?

TOMASA.

Un enamorado
tras sí los sentidos lleva.
Bien le pueden disculpar
hermosura, amor y ausencia.

ESCENA XIV.

UN CRIADO.—LAURA. TOMASA.

CRIADO.

Una dama á vueselencia
plácemes le viene á dar
del pleito con que ha salido.

LAURA.

¿Quién es?

CRIADO.

Dicen que se llama
doña Petronila.

LAURA.

Dama

de vuestro ofensor ha sido:
mirad si os dije verdad.
¿Quereis verla?

TOMASA.

No, señora;
que siendo mi opositora,
perderé á la autoridad
que merece vueselencia
el respeto, y no es razon
dar á enojos ocasion.
Irme quiero.

LAURA.

Esa es prudencia.
Mirad que habemos de ser
muy amigas desde hoy.

TOMASA.

Bésoos las manos. Yo soy
vuestra esclava.

(*Vanse Tomasa y el criado.*)

LAURA.

Esta muger
he visto yo no sé dónde:
paréceme que jurara
que se retrató en su cara
la del mentiroso conde.

ESCENA XV.

DOÑA PETRONILA, *cubierta la cara.*—LAURA.

DOÑA PETRONILA.

Don Gomez, señora mia,
á quien le debe mi honor
la confidencia y favor
que de él mi esperanza fia,
me mandó que á visitaros
á instancia suya viniese,
y parabienes os diese
de que ya pueda llamaros
condesa suya Valencia.

Goce con su posesion,
digna de tal perfeccion,
otras muchas vueselencia,
y téngame á mí por suya.

LAURA.

Cuenta don Gomez me ha dado
de quien sois y del cuidado
que os trajo á Madrid: arguya
de vuestra belleza agora
mi vista la ingratitud
de una loca juventud
que os ha olvidado. Señora,
apartad del rostro el manto.

DOÑA PETRONILA.

Serviros es mi deseo.

(*Descúbrese.*)

LAURA.

¡Jesus! ¿Qué es esto que veo?

DOÑA PETRONILA.

No me admira vuestro espanto;
que somos muy parecidos
don Gomez y yo.

LAURA.

No sé
si viéndoos, crédito dé
á mi engaño ó mis sentidos.
Admiro tal semejanza.

DOÑA PETRONILA.

Como esa es causa de amor,
solicité su favor,
y vive en él mi esperanza.
Quiso Dios que se apease
en la posada en que moro,
y el menosprecio que lloro
mis desdichas le contase;
y de ellas compadecido
don Gomez, me prometió
socorros que ya cumplió;
pues segun de él he sabido,
ya don Hernando Cortés
no podrá lograr en vos
los engaños que á otras dos

ha hecho.

LAURA.

Una doña Ines,
de Málaga, puede haceros
contradiccion; que de mí
no hay recelos desde aquí,
que os den causa de ofenderos.
Líbreme Dios de tal hombre.

DOÑA PETRONILA.

Ya yo sé que esa muger
esta tarde os vino á ver;
mas no hay porque eso me asombre;
que todos son fingimientos.

LAURA.

Por cierto, si cual la cara,
vuestro derecho os ampara,
que teneis merecimientos
dignos de que don Hernando
mas que á todas os estime.

DOÑA PETRONILA.

Vuestra hermosura reprime
memorias que estoy llorando;
puesto que como os adora
don Gomez...., (el conde digo;
que declarado conmigo,
de todo soy sabidora)
no tengo que temer daños,
aunque sí merecimientos,
pues os darán escarmientos
consejos en desengaños.
¡Dichoso, si ha de ser dueño
don Gomez, de esa beldad!

LAURA.

Vivid con seguridad
de que el amor que le enseño,
no es fingido.

DOÑA PETRONILA.

Sois tan sábia
como hermosa en elegir
tal sugeto.

LAURA.

Séos decir

que el ingrato que os agravia,
aunque se llama Cortés,
desdice de su apellido,
pues que con vos no lo ha sido.
Líbreos Dios de doña Ines;
que por la similitud
que con don Gomez teneis,
deseo mucho que troqueis
en amor su ingratitud.

DOÑA PETRONILA.

No me hagais vos competencia,
que en lo demas no hay temor
que desespere mi amor.

ESCENA XVI.

UN CRIADO.—LAURA. DOÑA PETRONILA.

CRIADO.

A hablar á vuestra escelencia
entra un caballero.

DOÑA PETRONILA.

Dadme
licencia.....

LAURA.

Con que volvais
á verme.

DOÑA PETRONILA.

¿De eso dudais?

LAURA.

Petronila, visitadme;
que os quiero mucho.

DOÑA PETRONILA.

Será
no por lo que yo merezco,
mas por lo que me parezco
al conde que pena os da.

LAURA.

Mucho mereceis por vos;
mucho por él os estimo.

DOÑA PETRONILA.

Sois su dama, es vuestro primo,
y yo vuestra esclava. A Dios.
(*Vanse doña Petronila y el criado.*)

ESCENA XVII.

EL CONDE.—LAURA.

CONDE.

Ya que en el pleito vencistes
justamente, hermosa Laura,
y con Valencia perdí
la libertad, vuestra esclava;
puesto que agora pudiera
dar á mis celos venganza,
apoyando desposorios
de quien amais engañada;
mi noble amor no consiente
que cuando os volvais á Italia,
lleveis menos la opinion,
que tarde el tiempo restaura.
El jardinero fingido
que aquí cultivó esperanzas,
cogiendo el fruto en desdenes,
que lastiman, si no matan,
cuenta me ha dado de todo
lo que con don Gomez pasa:
el amor que le teneis,
y, de vos misma olvidada,
las sospechas con que queda
ofendida vuestra fama;
que ya estas fuentes murmuran
lo que estos jardines callan.
Y aunque don Hernando es noble,
no creyera sus palabras,
porque ya yo sé que celos
mentiras y enredos tratan,
si el mismo ingrato don Gomez,
que aposentado en mi casa,

y, amigo falso, en mi pecho,
ocasiona estas marañas,
en vez de terciar mis dichas,
reducirme á vuestra gracia,
y cumplir palabras suyas,
todo engaños, todo caras,
conmigo y con vos traidor,
cuando mas finge que os ama,
mas vuestra opinion desdora,
mas vuestra afrenta amenaza. (1)
Él me contó los sucesos
de Alcalá, donde hospedada,
os lisonjeó atrevido
la noche que á ser vos sábia,
os pudieran persuadir
sutilezas de sotanas
á estudiantes embelecos,
y mentiras gradüadas.
Por orden vuestra se encubre,
mudando en Madrid posadas;
y en vez de cursar escuelas,
cursa aquí materias falsas.
Yo, Laura, soy vuestro primo;
yo el conde soy, que de Italia
á perder paciencia y pleitos,
me trasladó amor á España.
Page es el conde fingido
de don Gomez, que disfraza
para asegurar con vos
su amor y estorbar mudanzas.
Persuadióme á estos enredos,
diciendo que me importaba
encubrirme de enemigos
que antiguos enojos guardan.
Mirad, prima, lo que haceis;
que don Gomez tiene dama

---

(1) En este largo periodo falta una negacion. Parece que debia estar construido del modo siguiente. *No creyera sus palabras...., si el mismo don Gomez...., todo engaños...., en vez de terciar mis dichas...., no desdorase mas vuestra opinion, cuando mas finge que os ama.*

en Madrid, que es madre ya,
y que su esposa se llama.
Cierta doña Petronila
estuvo poco há en mi casa
conmigo, de vos celosa,
y á pedir determinada
á la iglesia le compela
á que cumpliendo palabras
ejecutadas en obras,
tantas quimeras deshaga.
Por lo que á mi sangre debo;
porque os adoro, aunque ingrata,
y por descubrir traiciones
que á luz desengaños sacan,
os vengo á dar este aviso.
Desmentid sospechas falsas,
y pagad merecimientos
de quien os tiene en el alma.

LAURA.

¿Qué Circes, qué Falerinas
pretenden en esta casa
mezclar hechizos en flores,
que tanto embeleco enlazan?
Hombre, que no sé quien eres,
puesto que conde te llamas,
aunque mi primo te finjas,
si don Hernando te paga
mentiras que me propónes,
en balde intentas lograrlas,
cuando verdades desmienten
avisos con que me abrasas.
Esa doña Petronila
agora de aquí se aparta,
de don Hernando quejosa,
burlador de su esperanza.
¿Por qué olvidos que le culpan,
contra don Gomez achacas,
si ella misma se hace lenguas
pregonera en su alabanza?
¿Qué estudiantes? ¿qué Alcalá?
¿qué lisonjas? ¿qué posadas?
¿qué amor? ¿qué escuelas son estas

que de jüicio te sacan?
Ya yo sé quien es don Gomez,
por mas que me persüadas
á lo contrario; ya sé
por la firma de tres cartas
lo que don Hernando debe
á hermosuras sevillanas,
y á Ineses aborrecidas,
en su busca cortesanas;
ya sé que el intruso conde
es su page, y que se llama
Galeazo, y es mi primo
el don Gomez que amenazas.
Vete, y dile á quien te envia
cuan mal le salió la traza
con que pensó darme celos,
ó haré, cuando no te vayas,
que tus traiciones castiguen.

CONDE.

¿Qué es esto, cielos? Mi Laura,
mira que tu primo soy.
Permite que satisfaga....

LAURA.

¡Oh bárbaro! ¿Yo tu prima?
Criados, hola.

ESCENA XVIII.

TOMASA, *de conde.*—LAURA. EL CONDE.

TOMASA.

¿A quién llama,
prima y señora, selencia?
¿Quién la ha dado enojo?

LAURA.

Basta;
arrimad, hermano, oficios
que impropiamente os entallan,
pues ya sabemos quien sois.

TOMASA.

¡Cómo! Pues yo ¿quién soy?

LAURA.

Vargas,
page del conde.

TOMASA.

Selencia
miente como una borracha;
que yo don Galeazo soy,
y vine en una galeaza.

CONDE.

Vargas, dejemos las burlas;
y pues fueron á mi instancia
fingimientos sin provecho,
á mi prima desengaña,
que niega que soy yo el conde.

TOMASA.

Idos mucho en hora mala;
que si dais en ser bufon,
no está el tiempo para gracias:
Conde he de ser, vive el cielo,
desde Getafe hasta Francia,
y tan conde, que el mas conde
con desmayos por mí vaya.

ESCENA XIX.

DOÑA PETRONILA, *de hombre.*—DICHOS.

DOÑA PETRONILA.

Prima, ¿qué alboroto es este?

LAURA.

Don Gomez, nos enmarañan
embelecos que no entiendo.
Este hombre que en vuestra casa
teneis, ó el seso ha perdido,
ó pretende que yo salga
del mio. Dice que es él
mi primo, que viene á España
á pretender ser mi esposo,

y que vos.... Pero son tantas
las quimeras que eslabona,
que unas á otras se embarazan.
Pues ya salí con mi pleito,
fingimientos se deshagan,
y renunciando el *don Gomez*,
sepan que os adora Laura
por Galeazo, mi primo.

CONDE.

De mis sentidos me sacan.
¡Cielos! ¿duermo? Dí, traidor,
(*A doña Petronila.*)
¿no me has dicho que estudiabas
en Alcalá, cuando viste
á mi prima, y que una dama
que aquí tienes, con un hijo,
es tu esposa, y que con Laura
me habias de desposar?

DOÑA PETRONILA.

¡Jesus! ¡Las cosas que ensarta!
No os espanteis, prima mia;
que de una enfermedad larga
los lucidos intervalos
que habeis visto, le maltratan.

CONDE.

¡Oh villano! ¡Vive el cielo...!

ESCENA XX.

—

UN ALGUACIL.—DICHOS.

ALGUACIL.

Que lleve preso me mandan
á Galeazo Malatesta,
que vino á Madrid de Italia.
Vueselencia me perdone;
que todo vendrá á ser nada,
y por saber que es su primo,
tendrá por cárcel su casa.

LAURA.

Pues al conde, ¿qué le imputan?

ALGUACIL.

Una muerte ocasionada
por su padre allá en su tierra;
mas todo en Madrid se acaba.
Díganme, ¿quién es el conde?
(*Al conde.*)
¿Sois vos, señor?

CONDE.

Quien se alaba
de serlo, y con tal blason,
primo le intitula Laura,
es el que teneis presente.
(*Señalando á doña Petronila.*)

DOÑA PETRONILA.

¿Yo conde? ¿Qué me faltaba?
Criado del conde, sí;
que es este.
(*Señalando á Tomasa.*)

TOMASA.

Si hay condes Vargas,
Vargas conde soy desde hoy;
mas si no, dejando chanzas,
nací en Cabañas de Yepes,
y no nacen en *cabañas*,
aunque hay tanto conde agora.

ALGUACIL.

¡Oh! pues si negarlo tratan,
vénganse todos tres presos.

TOMASA.

Señores, que soy Tomasa,
muger de Mansilla.

LAURA.

¿Quién?

CONDE.

¿Vos muger?

TOMASA.

No si no el alba.
Y el don Gomez, si le ojean
á los pies, manos y barbas,
¿quién piensan que es? Petronila.

LAURA.

¿Qué dices?

TOMASA.

La Sevillana.

LAURA.

¡Jesus! Don Gomez, ¿qué es esto?

DOÑA PETRONILA.

Verdades que si adelgazan,
no quiebran.

TOMASA.

Embustes mios
los vuestros desenmarañan,
Don Hernando, salí acá....

ESCENA XXI.

—

DON HERNANDO.— DICHOS.

TOMASA.

(Al alguacil.)

Y arrimad vos esa vara;
que yo os dí la comision,
y quiero residenciarla.
Hernando, esta es la sobrina
con cien mil pesos que en barras
tiene de dote, y cien mil
donaires para adorarla.
Acábense las quimeras.

DON HERNANDO.

Desde que el sol de su cara
miré, ganó su hermosura
desdenes que me asombraban.
Vuestro soy.

DOÑA PETRONILA.

¡Gracias al cielo!

CONDE.

Ya estareis segura, Laura,
de que soy el conde yo.

LAURA.

No será deudor quien paga.

Con la mano desempeño
peregrinaciones y ansias
que habeis pasado por mí.

CONDE.

Ya glorias podré llamarlas.

ESCENA XXIII.

MANSILLA.—DICHOS.

MANSILLA.

(*Al salir.*)

No hay dar en todo hoy con ella.

TOMASA.

¡Mansilla!

MANSILLA.

¡Jesus! Fantasmas,
ilusiones, ¿qué es aquesto?
¿Quién hizo conde á Tomasa?

TOMASA.

Amor y bellaquerias
que en Madrid y en huertas pasan,
tan célebres como es esta.

DON HERNANDO.

Alto, reparen desgracias
bodas, y premios dé amor,
mientras nuestra corte alaba
la Huerta de Juan Fernandez,
y suple el senado faltas.

EXAMEN

DE

LA HUERTA DE JUAN FERNANDEZ.

Esta obra de Tellez fue incluida en la *Coleccion general de comedias escogidas* que diversas veces hemos citado; pero la censura mandó dejar en blanco mas de cincuenta versos del drama, inocentísimos algunos, y los demas quizá no tan peligrosos como muchos que corrian impresos con real licencia, y aun se recitaban en el teatro. Copiamos de aquella *Coleccion* el juicio que sigue, porque nos parece bien pensado y escrito; y pondremos á continuacion algunas observaciones de nuestra propia cosecha.

"Aunque esta comedia es esencialmente defectuosa en el plan y economia de la fábula, como la mayor parte de las del Maestro Tirso de Molina, son tantas las bellezas que contiene, que no merecen quedar sepultadas en el olvido. El pensamiento es igual al de otras varias del mismo autor, que se repetia mucho en esta parte, como todos saben. Para pintar hasta donde llega la travesura de las mugeres en aquella ciencia en que la naturaleza las gradua de doctoras desde que empiezan á suspirar en silencio, supone el poeta una joven que se enamora de un hombre; le sigue disfrazada en trage del otro sexo, le indispone con su amada, y á fuerza de engaños y artificios, logra que se despose con ella. La intriga es buena hasta este punto, sin embargo de que, como ya hemos dicho, el argumento está tratado en otras comedias, y de un modo superior en *Don Gil de las Calzas Verdes*. Pero si en esta queria Tirso que triunfase Petronila, ¿por qué dió tanto interés, ó tal vez mayor, á la condesa? ¿Por qué multiplicó de tal modo los enredos, que desfiguran y ofuscan notablemente el último acto, de suerte que apenas su mismo autor puede discernirlos con claridad, cuando bastaba y aun sobraba, con la tercera parte? ¿No era mucho mejor no presentar en la escena tantas veces

á la misma persona, la misma fisonomía, ya vestida de hombre, ya de muger, sin disfrazarla de cualquier modo, obligándonos á suponer, contra toda verosimilitud, que la desconocen siempre? Finalmente, ¿no valia mas no confundir la libertad con la travesura, dando á Petronila un trato menos inmediato con el conde, hacer que no mintiese tanto, fingiéndose deshonrada, con sucesion, &c?"

«Sin embargo de los defectos indicados, no podemos dejar de recomendar al público el primer acto, lleno todo de relaciones, á cual mas largas en verdad; pero no por eso menos graciosas y entretenidas; los donaires y conceptos, ya ingeniosos ó elevados, y demas galas poéticas derramadas con profusion por toda la obra; los primeros amores tan interesantes; los segundos tan graciosos; aquel cuadro bellísimo, aquella situacion encantadora, la Huerta de Juan Fernandez, habitada por una deidad, cultivada por un amante amado, en donde cuanto ven y sienten son flores, en donde solos se bastan á sí mismos, y no hay mas mundo para ellos que su amor y sus esperanzas.... ¡Qué lástima que aquella artificiosa Petronila venga á malquistarlos y destruir tanta felicidad! Pero por otra parte, cuando se reflexiona que sus derechos son mejores que los de la condesa, su pasion mas vehemente, y mayor tal vez su hermosura, segun el efecto que produce, es preciso perdonarla, y perdonar tambien al ingenio que no respetó ni aun la unidad del objeto y del interés, y á pesar de eso nos arrastra al teatro, y nos deleita con la lectura de su obra, despues de haber pasado cerca de doscientos años desde su fallecimiento.»

«¿Qué diremos del fingido conde Galeazo y de sus aventuras, de sus *selencías*, y de aquel

porque para bizcochar
son malas monjas galeras?"

«Si hubiésemos de citar todos los trozos de bella poesía que contiene esta comedia, seria preciso copiar mucha parte de ella. Recomendamos principalmente á nuestros lectores el siguiente:

Mandásteme descalzarte;
la diestra bota tiré,
y en viendo el meñique pie
con la media, dije aparte:
«¡oh pie digno de un chapin,

que por lo corto das cinco,
mejor fueras para brinco
de un letrado camarin! &c.»

«Estos versos y todos los sucesivos, puestos en boca de Tomasa en la escena tercera del primer acto, se hicieron, sin duda, sin levantar la pluma del papel: son admirables, porque las bellezas se suceden unas á otras de tal suerte, que no parece que habla un ser humano. En ellos compite la energía con la fluidez, la propiedad con la armonía, la elegancia con la novedad, la frescura con la riqueza, y finalmente, todas las gracias del estilo, con todos los primores del ingenio y de la elocucion."

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

En esta comedia abundan los disfraces; figuran en ella, en trage distinto del que les corresponde, nada menos que los dos galanes que hay, una dama y una lugareña. Las dos últimas hacen la esposicion, que principia con una plática moral dirigida contra el afan, comun en todas épocas, de quererse igualar el chico con el grande, de no saberse contener en los límites de su estado. La filosofia habla aquí por boca de una villana, órgano al parecer no muy propio. Pudiéramos decir que há dos siglos era no solo lícito, sino casi de obligacion, que el autor de una obra dramática hiciese papel en ella, encubierto con la máscara del gracioso; pero en el caso presente creemos descubrir una intencion cómica que pruebra el alto ingenio de Tellez. ¿Quién predica la moderacion en los deseos aquí? ¿quién aconseja que no apetezca golosinas el pobre? Una mozuela de meson que pretende casarse con un capitan. No se puede poner de bulto la universalidad del vicio con mas arte.

Doncella y corte son cosas
que implican contradiccion.—
.... doncellas en coche
son ciruelas en banasta.

Tampoco habla aquí el maestro Tellez; palabras son estas de una aldeana, que afirmando lo que no puede saber, se muestra envidiosilla y murmuradora. Cabañas no

es Madrid; allí no hay coches, y si hubiéramos de juzgar por Tomasa diriamos que no son demasiadamente virtuosas las niñas de aquel pueblo. Si la zorra que perdió la cola en la trampa hubiera emigrado, contaria que en su pais todo el pueblo raposo era rabon. Repetimos que esta censura nos parece solo un rasgo característico lleno de malicia y de propiedad, con respecto al personage en cuya boca se pone.

ESCENA II.

Entre *esperanzas flores*, desespero.

A veces adjetiva Tellez los sustantivos; pero en ninguna comedia tan frecuentemente como en esta. Sin salir del acto primero, encontrará el lector, ademas del ejemplo de arriba, los de *parientes obligaciones*, *tálamos deseos*, *antojos mugeres*, *curiosidades doncellas*, *clausuras vírgenes*, y algun otro. Los seis últimos versos del razonamiento de Laura desdicen no poco de esta bellísima escena lírica.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

DOÑA PETRONILA.

Yo soy tan agradecido....
Vargas, déjanos aquí.

TOMASA.

Déjote: allá dentro espero. (*Vase.*)

DOÑA PETRONILA.

Que os he, conde, de pagar.... &c.

Paréntesis de mala calidad, porque al llegar al cuarto verso, ya no se acuerda del primero el lector ó el oyente.

ESCENAS II Y III.

CONDE.

Cosas proponeis, por Dios,
estrañas.

DOÑA PETRONILA.

Soy estudiante.

. . . . . .

Porque chanzas de habladores,

comedias de tramoyon,
ensalmos y coplas son
evangelios labradores.

Dificil es pintar mejor la travesura de la juventud escolástica, y la ignorante credulidad de las gentes del campo.

ESCENA IV.

Dueña, aunque no de su casa, &c.

Si el censor que examinó las comedias de la *Coleccion general*, solamente hubiese mandado suprimir este trozo, no habria motivo para quejarse de su rigor: pero ¿en qué habian pecado los versos siguientes, que quedaron igualmente en blanco en la edicion citada?

Página 10, *línea* 11.

Y vos un grande bellaco.
Mucho os tengo de querer.

Página 13, *línea* 26.

Y mas con la hermosura.... (1)

Página 23, *línea* 11.

Ya que loco y atrevido
fuiste hoy, aquí morirás.

Página 42, *línea* 4.

Cuando me quiten su estado....

Página 42, *línea* 41.

Con todos sus sacramentos.... (2)

Página 52, *línea* 36.

Mas que cuando en el altar (3)
las fiestas les echa el cura.

Página 84, *línea* 19.

A una dama, toda raso.... (4)

ESCENA VIII.

Postillas á posta engendran
en las partes posteriores,
que unas con otras apuestan

---

(1) ¿En qué se ofende á la magistratura española con decir que una muger hermosa que tiene justicia, ha ganado un pleito?

(2) Metáfora comun que nada tiene de irreverente.

(3) El anuncio de una fiesta ¿es acaso artículo de fé?

(4) Es decir, que viste ricamente. ¡Grave crimen en una señora!

á hacer pistos ó ser pastas,
segun blandas se me apestan.

Pensamientos, elocucion y versos, todo aquí es malo. Para hacerse aborrecer ó despreciar de Laura el supuesto conde, no tenia necesidad de decir suciedades; sobraba con los despropósitos que ensarta.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

Temeroso del marques,...
. . . . . . *la causa es*
de venir disimulado.

Si al *la* precediese un *esta*, tal vez podria pasar la locucion; pero quedaria mejor, si dijera el primer verso: *temor que tengo al marques.*

LAURA.

Espera, escucha.—¡Hay quimeras
semejantes!—Primo, conde,
don Gomez, oye y responde
si estas son burlas ó veras.

El artificioso discurso de Petronila produce en el espectador el mismo efecto mágico que espresan aquí las palabras de Laura.

La Huerta de Juan Fernandez, con poca accion en el primer acto, con mucha en el último, con diálogos larguísimos en todos, es á pesar de esto, en nuestro dictamen, la comedia del maestro Tellez mas rica en poesia.

Un secreto de estado.	6
Memorias de un coronel.	4
Jusepo el Veronés.	6
El hijo de la tempestad.	6
Una boda improvisada.	4
Marcelino el tapicero.	6
Los dos solterones.	4
El hombre mas feo de Francia.	6
Noche toledana.	4
El juglar.	6
El castigo de una madre.	6
Las memorias del diablo.	6
Otra casa con dos puertas.	6
Gaspar.	6
Llueven bofetones.	4
Cazar en vedado.	6
El corsario.	6
Cásate por interés.	6
A cazar me vuelvo.	8
Ser buen padre.	6
El sitio de Bilbao.	4
Cromwell.	6
Pablo y Paulina.	4
La novia de palo.	4
Soltera, viuda y casada.	4
El protestante.	4
Catalina de Médicis.	6
El caballero de industria.	4
Cristobal el leñador.	6
Gabriela de Belle-Isle.	6
El abuelo.	4
El médico y la huérfana.	4
El pacto del hambre.	6
El proscripto.	6
La degollacion de los inocentes.	6
Los dos celosos.	6
Los cómicos del rey de Prusia.	4
La abadía de Castro.	6
Un hombre de bien.	4
La carcajada.	6
Lázaro.	6
Un secreto de familia.	6
Una aventura de Carlos II.	4
La molinera.	4
El mercader flamenco.	6
El secretario privado.	6
La cisterna de Alby.	6
Una cadena.	6
Amor y nobleza.	8
Antonio Perez y Felipe II.	8
Adolfo.	6
Amor venga sus agravios.	8
Antoni.	6
Ango.	6
Angelo, tirano de Pádua.	8
Amor y deber.	5
A un cobarde otro mayor.	4
Adel el Zegrí.	8
Baltasar Cozza.	8
Catalina Hovar.	6
Chiton !!!	5
Doña María de Molina.	8
Doña Urraca.	6
Doña Jimena de Ordoñez.	8
Doña Blanca de Navarra.	6
Diana de Chivrí.	6
D. Rodrigo Calderon.	8
Dos granaderos.	4
Dos padres para una hija.	4
Elvira de Albornoz.	6
El desconfiado.	8
El hijo predilecto.	8
Emilia.	8
El astrólogo de Valladolid.	8
El pária.	8
El campanero de san Pablo.	6
El casamiento nulo.	4
El afan de figurar.	4
El peluquero de antaño.	4
El pobre pretendiente.	4
El hijo en cuestion.	4
Está loca !	4
El dómine consejero.	4
El compositor y la estrangera.	4
El duque de Braganza.	5
El pilluelo de París.	5
El soprano.	4
El gondolero.	6
El castillo de san Alberto.	6
El ramillete y la carta.	4
El comodin.	4
El mulato.	6
El marido y el amante.	4
Fray Luis de Leon.	8
Funcion de boda sin boda.	6
Garcilaso de la Vega.	8
Guillelmo Colman.	6
Hernani.	6
Hija, esposa y madre.	6
Intrigar para morir.	8
Incertidumbre y amor.	6
Intriga y amor.	6
Isabel de Babiera.	6
La vieja del candilejo.	8
La político-mania.	6
La estrella de oro.	8
Los cortesanos de D. Juan II.	6
La ocasion por los cabellos.	6
Los celos infundados.	8
Los amoríos de 1790.	6
La conjuracion de Fiesco.	6
La cuarentena.	4
La pata de cabra.	4
La gata muger.	4
Lucrecia Borgia.	6
Luis onceno.	8
Los guantes amarillos.	4
La frontera de Saboya.	4
Las máscaras negras.	6
La espada de mi padre.	4
La cruz de oro.	4
La hermana del sargento.	4
Los padres de la novia.	4
Luisa.	6
La escalera de mano.	4
La solterona.	4
La cuñada.	4
La hija del avaro.	6
La hostería de Segura.	4
Me voy á casar.	6
María Remond.	4
Macbet.	8
No hay mal que por bien no venga.	4
Ni el tio ni el sobrino.	4
No siempre el amor es ciego.	8
Padre é hijo.	4
Plan-plan.	4
Pablo el marino.	6
Roberto D' Artevelde.	6
Ricardo Darlington.	8
Sin nombre !	4
Stradella.	4
Teodoro	4
Toma y daca.	4
Virtud en la deshonra.	6
Valeria.	5
Un poeta y una muger.	8
Una muger generosa.	6
Un dia de 1823.	6
Una y no mas.	4
Un artista.	4
Un tio en Indias.	4
Un liberal.	4
La familia improvisada.	4
El hombre misterioso.	4
Cada cosa en su tiempo.	4

Esta interesante coleccion comprende hasta el dia mas de 350 comedias, cuyos autores son:

D. Angel Saavedra, duque de Rivas.
D. Antonio Gil y Zárate.
D. Antonio Garcia Gutierrez.
D. Eugenio de Tapia.
D. Eugenio de Ochoa.
D. Francisco Martinez de la Rosa.
D. Gaspar Fernando Coll.
D. Isidoro Gil.
D. José Zorrilla.
D. José Espronceda.
D. José de Castro y Orozco.
D. José Garcia de Villalta.
D. Juan Eugenio Hartzenbusch.
D. Manuel Breton de los Herreros.
D. Manuel Eduardo Gorostiza.
D. Mariano José de Larra.
D. Mariano Roca de Togores.
D. Miguel Agustin Príncipe.
D. Patricio de la Escosura.
D Ramon Navarrete.
D. Tomas Rodriguez Rubí.
D. Ventura de la Vega.

Teatro Moderno Español.

Van publicados 36 tomos. Se venden sueltos á 20 reales.

Teatro Antiguo Español.

Tirso de Molina. Consta de 12 tomos en 8.º marquilla, 160 rs.

Teatro Moderno Estrangero.

Van publicados 20 tomos. Se venden sueltos á 20 rs.

PUNTOS DE VENTA.

Madrid, librerias de Cuesta, calle Mayor, y de Rios, calle de Carretas, frente á la imprenta Nacional.

En las provincias en los siguientes:

Almeria.........	Gonzalez.
Alcoy..............	Marti Roig.
Alicante.........	Champourcin.
Burgos...........	Arnaiz.
Badajoz.........	Viuda de Carrillo.
Barcelona.......	Piferrer.
Cadiz.........	Moraleda.
Córdoba..........	Berard.
Coruña............	Perez.
Granada.........	Sanz.
Habana..........	Urban Ramos.
Jaen...............	Orozco.
Jerez..............	Bueno.
Málaga...........	Aguilar.
Murcia...........	Gisbert.
Oviedo...........	Longoria.
Orense............	Novoa.
Pamplona........	Erasun.
Palencia.........	Santos.
Palma.............	Gelabert.
Santander.......	Riesgo.
Salamanca.......	Oliva.
Sevilla...........	Caro Cartaya.
Santiago.........	Rey Romero.
Vitoria...........	Ormilugue.
Valencia.........	Navarro.
Valladolid......	Hijos de Rodriguez.
Zaragoza.......	Yagüe.